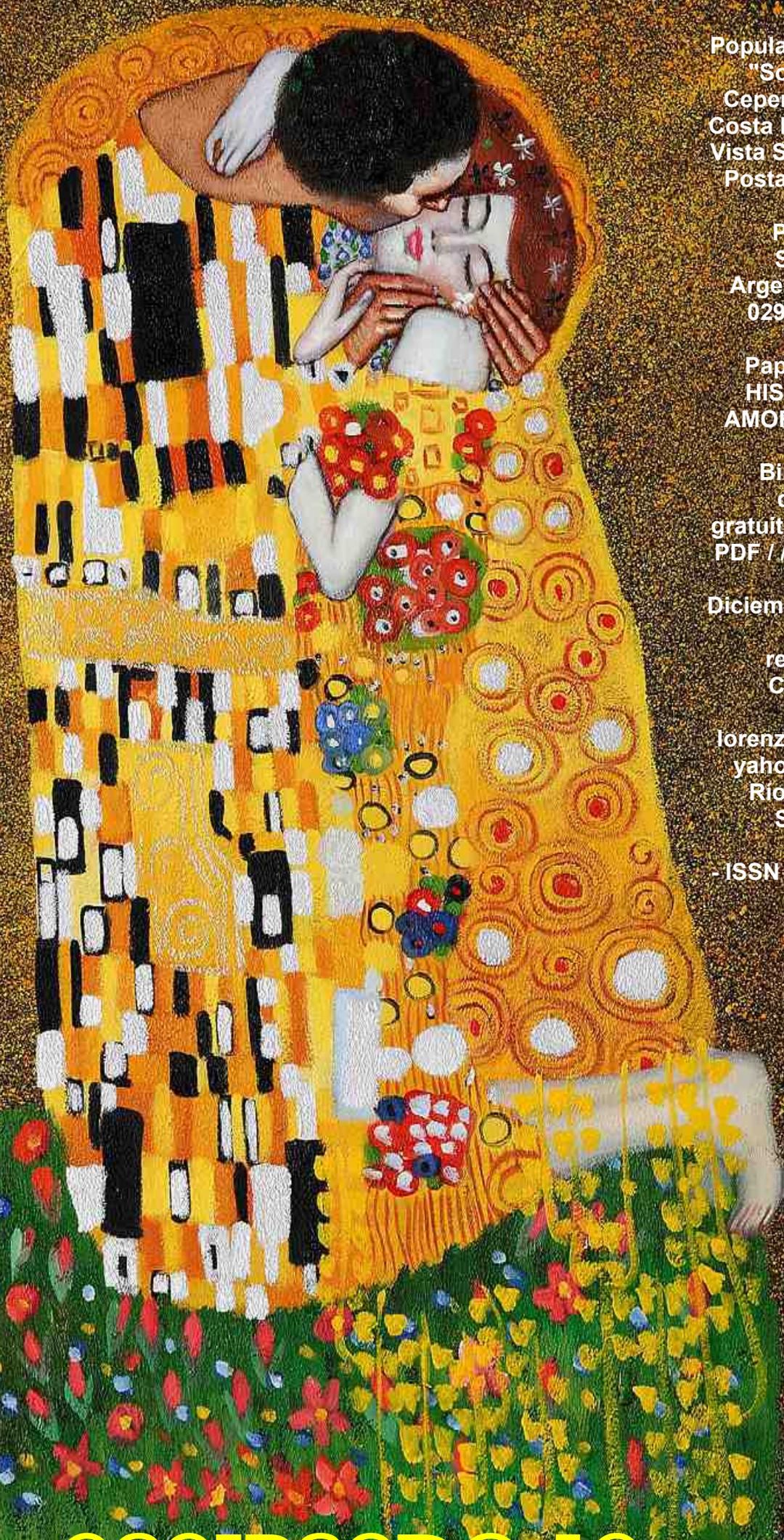


HISTORIAS DE AMOR



Editorial:
Biblioteca
Popular Municipal
"Sofia Vicić de
Cepernić" - Calle
Costa Rica y Bella
Vista S/ N, Código
Postal 9400 - Río
Gallegos -
Provincia de
Santa Cruz -
Argentina - Tel.:
02966 - 425003
Revista
Papirando 19 -
HISTORIAS DE
AMOR // Revista
Literaria
Bimensual de
distribución
gratuita - Formato
PDF // Año III - N°
19 -
Diciembre de 2011
// Editor
responsable:
Carlos Pablo
Lorenzo //
lorenzopablo10@
yahoo.com.ar //
Río Gallegos -
Santa Cruz -
Argentina
- ISSN 1853 - 0109

ISSN 1853 - 0109

Índice:

Tapa - **"El beso"** de Gustav Klimt

Índice - Pág. 2

Editorial - Pág. 3

Ludwig Gesell – *Sin Título* – Pág. 4

Beatriz Chiabrera de Marchisone - *"El amor en tiempos de guerra"* - Pág. 5 / *"La cubana espera"* - Pág. 6 / *"Fotografías del alma"* - Crítica de C. Pablo Lorenzo y

Roberto Silvi – Pág. 7

Chus Canal - *"Elevandonos sobre el amor"; "Lo que te diría mundo"; "Poemas al corazón"* - Pág. 9

Recibida revista *"Escritores e Intelectuales Aconcagüinos en el Bicentenario"* - Pág. 10

Daniel de Cullá - *"Carta de amor"* - Pág. 10 / Recibido: *"Calastro de Poesía"* - Pág. 27

Edgardo Ronald Minniti Morgan - *"Arenas tibias"* - Pág. 11 / *"Siesta"* - Pág. 12 / Dos libros recibidos de Edgardo Ronald Minniti Morgan: *"Para Leer en la cola del banco"* y *"El mensaje"* - Pág. 13

Ernesto Antonio Parrilla - *"Escalera a la luna"* - Pág. 14

Recibida revista *"La Palabra"* - Pág. 15

Luis José Merighi - *"Clara y Sebastián"* - Pág. 15 / *"Una Historia de Amor"* - Pág. 26

Graziela E. Ugarte Muñoz - *"Una comida Especial"* - Pág. 18

Marta Díaz Petenatti - *"El secreto"* - Pág. 20

Miguel Ángel Rincón Peña - *"Qué somos tú y yo"* - Pág. 23

Patricia O. (Patokata) - *"El amor más puro"* - Pág. 24

Rolando Revagliatti - *"Historia de un amor"* - Pág. 27

Pilar Ugarte: *"Regalo Tardío"* - Pág. 28

Lidia Blanco Castro Hernando: *"Corsos eran los de antes"* - Pág. 30

Marcos Polero: *"Volver al sur"* - Pág. 32

Alejandra Nazarena Santoro: *"El Otro de mi carencia"* - Pág. 34

C. Pablo Lorenzo: *"Esplendor en la hierba"* - Pág. 36

EDITORIAL

Primeramente recuerden que clickeando en las imagenes de los autores pueden llegar a toda la información de los autores y publicaciones anteriores en Papirando, si las hubiese. Abrimos este número con **Ludwig Gesell** y un texto furioso, continuamos con **Beatriz Chiabrera de Marchisone** con un cuento de su libro "*Sentate que te cuento*" y otro de nueva factura: "*Fotografias del alma*" el cual hacemos una breve lectura consignada.

Chus Canal por tres y **Daniel De Culla** que envió una carta de amor en formato poema y otro en narrativa opté por colocar el primero, el otro texto saldrá en el Anuario junto con mucho más material que tengo del amigo que viene llegando vía mail y por correo, sorprendiendome la multiplicidad de su interés cultural y el imaginario que posee.

Dos textos de **Edgardo Ronald Minniti Morgan** narrativa y poesía con un mismo factor común. **Ernesto Antonio Parrilla** con "*Escalera a la luna*" es seguro que les gustará. **Luis José Merighi**, quien supo publicar en el blog, nos acerca dos historias de amor sencillas que ahonda en lo amoroso. Una de las joyas de la revista es "*Una comida especial*" de **Graziela Ugarte** por su desarrollo psicológico y literario.

Una historia de amor en dos partes con visos de policial y un buena trama, nos trae **Marta Díaz Petenatti**. Un poema de lujo que nos envió **Miguel Ángel Rincón Peña** colocando un plus inesperado y agradable para este número. **Patokata** nos recuerda lo importante. **Rolando Revagliatti** pone su pie firme en un relato con porteñismo y sensualidad extra. Mi escritora fetiche **Pilar Ugarte** juega nuevamente con la sorpresa final. **Lidia Blanca Castro Hernando** nos remite al tiempo de los cursos de antaño, **Marcos Polero** nos trae el airecito del barrio. **Alejandra Nazarena Santoro** sigue sorprendiendo con su originalidad y por mi parte me atrevo, despúes de muchos números a publicar un cuentito.

Nos veremos en febrero del año que viene con el Anuario que no tiene consigna y desde ya les digo que viene con muchas páginas, no se olviden de mandar sus colaboraciones a lorenzopablo10@yahoo.com.ar y tener un buen año con el amor incondicional que todos necesitamos para poder transitar en este mundo plagado de bajezas y egoismos.

C. Pablo Lorenzo



Te amo y no digo mas, porque no te lo mereces y punto
te amo y punto , ni punto porque te amo sin mayusculas y sin espacios
yo te amo con borrones mala letra y sucios pensamientos
mi te amo , no amar , llega tan lejos que ni el no existir barreras es nada
como exageracion ni te amo te dire porque lo emáno , lo suelto por mis poros .
lo sé y no necesito mas te amo y ya te dejo , porque ni conmigo quieres estar
de amor erroneo , equivocado yo amo al igual



Ludwig Gesell



EL AMOR EN TIEMPOS DE GUERRA

(Basado en una historia real)

Bernardita aún guarda las cartas de Emil Weffling. Los otros días las encontró en un cajón mientras buscaba otra cosa. Estaban descoloridas por el paso del tiempo y bastante deterioradas, como si ellas también hubiesen estado en la guerra. A las más dañadas las había pegado con cinta para que no se perdiera el mensaje que había sobrevivido a tantos años. Ya había perdido la cuenta cuantos.

Emil, o Bill, o Billy, hasta Emilio algunas veces, como firmaba según su estado de ánimo, había nacido en Arizona, Baja California, en una tribu indígena el 5 de enero de 1920. Ella nunca lo conoció personalmente. Toda la comunicación que tuvieron fue por escrito, con la ayuda de alguna foto que hacía que ella pudiera imaginarse los gestos o movimientos de la cara mientras leía las líneas en letra cursiva, siempre pareja y prolija, reflejando tranquilidad y seguridad. A Bernardita le llamaba la atención, además, la claridad con la que Emil redactaba en Español, idioma que no era el suyo. Ni siquiera conoció su voz, pero casi podía escucharla en las noches que pensaba en él, mirando quizás el mismo cielo, que los conectaba desde donde él estuviera, en altamar o en alguna ciudad lejana donde había llegado su barco. Ella podía imaginar esos remotos lugares con solo cerrar los ojos y leyendo, al lado de la fecha de cada carta, el origen de donde provenía la misma: Malaya, Océano Índico, Filipinas, Japón, Mar de Arabia, Líbano, Róterdam, Brasil, Atlántico Norte, entre otros tantos. Su mente viajaba de un lado a otro en un mapa inexistente, recorriendo mares, sorteando tormentas, escuchando el cantar de sirenas melancólicas, visualizando noches estrelladas que se confundían con el horizonte, con el ruido de la estela del barco como fondo de esas imágenes. Pero bastaba con abrir los ojos para que todo se esfumara y encontrarse sentada en su habitación con la carta en la mano y sólo el perfume que pudo haber dejado el tacto del escritor sobre el sedoso papel.

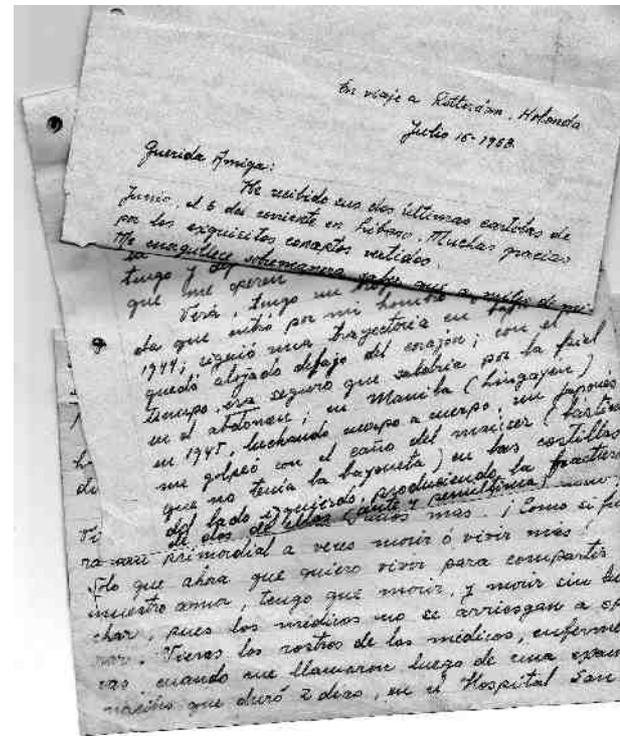
Emil fue soldado en la segunda guerra mundial, pero por el tiempo que habían empezado a escribirse ya habían pasado siete años desde que había terminado la guerra y en ese momento era marino en un barco que viajaba por el mundo llevando combustible.

Todo nació cuando empezaron a intercambiar postales, revistas, libros y estampillas a través de un club en común, del que él era uno de los coordinadores. Ambos compartían ese hobby. Y así, Bernardita comenzó a recibir información sobre la cultura de los distintos países donde anclaba su barco, y ella le enviaba material de la Argentina. Llegó a remitirle, entre otras tantas cosas, el “Martín Fierro” en edición rústica, que él mismo le había pedido.

Los tiempos se hacían eternos para esperar cada respuesta ya que él las despachaba cada vez que llegaba a un puerto y las cartas salían vía marítima o aérea, según donde estuviera y con las distancias que esto implicaba. A veces, la correspondencia de Bernardita quedaba, hasta meses en algún país hasta que el barco de Emil arribara y el agente que correspondía se las entregara, o era enviado a otro porque el recorrido del barco había cambiado a último momento. Entonces, el sobre llegaba cargado de distintos sellos postales que cubrían su frente.

Con el paso del tiempo, empezaron a confesarse ciertas intimidades que fueron haciendo el trato cada vez más cercano, aunque sólo en las últimas cartas llegaron a tutearse. Entonces, junto con las revistas de moda o de cine que él le enviaba ella encontraba pañuelos o medias de seda que el marino había comprado, quizás en Singapur, Noruega o alguna ciudad exótica de Asia.

Entre sus proyectos, ella le contaba, estaban el de ser doctora, sueño que seguramente quedaría truncado por la firme oposición de su familia y él dejaba entrever su influencia religiosa de cuando



estuvo estudiando en un monasterio durante dos años para ser sacerdote, satisfaciendo el deseo de su madre, lo que no perduró en el tiempo cuando descubrió que su vocación era otra.

Las vicisitudes de la segunda guerra también aparecían en las cartas. Así, dejó testimonio en el liviano papel de sus aventuras en el Pacífico, como cuando tuvo que aplicar la extremaunción a compañeros que morían, haciendo honor a sus tiempos de sacerdote, o cuando en Rendova hubo de estrangular enemigos con sus propias manos o matarlos a golpes o cuchilladas, o cuando en la retirada de Bataán, en Filipinas, estuvo agazapado en un hoyo con el agua a la cintura y con el cadáver de un japonés lleno de gusanos pudriéndose a medio metro suyo, alimentado a chocolate y barro, esperando cuatro días y cuatro noches a que se fuera la patrulla japonesa y poder volver a reunirse con la armada norteamericana.

Aunque disfrutaban esta relación a la distancia, los dos imaginaban su destino, pero seguían el juego, como si estuvieran filmando una película, porque sabían que cuando terminara, cada actor volvería a su casa a seguir con su vida. Sabían que nunca se encontrarían, que nunca llegarían a tocarse, o decirse palabras de amor al oído, como el común de los enamorados. Y Bill lo dejaba ver en sus líneas: "...como todo mundo quimérico no podrá ser nuestro realmente pues bien sabes que Dios nos ha conducido hacia él, pero jamás podremos vivir en ese mundo" y en otras delataba, con un dejo de palpable tristeza, la incertidumbre en la vida de un marino, "morimos antes de empezar a vivir"... "sólo tú sabes de cuál, casi seguro, será mi fin".

Porque Emil, además, estaba amenazado de muerte. Tenía un pequeño trozo de granada que había entrado por su hombro izquierdo en una batalla en 1944, y ahora, con el tiempo, se había trasladado, quedando alojado a milímetros de su corazón. Una operación podría costarle la vida y de no operarse el metal seguiría moviéndose con un desenlace fatal e inevitable. "Mi espada de Damocles está descendiendo paulatinamente sobre mi cabeza", le manifestaba. Tres años más de vida, le habían pronosticado. Sólo ese tiempo. Un pequeño lapso en el que debería organizar el resto de lo que le tocaba vivir de la mejor manera posible. Era como si le adelantaran el final de un libro sin haber leído la parte más importante.

Su ansiedad por conocer a Bernardita era lo que lo mantenía esperanzado, "...ahora que quiero vivir para compartir nuestro amor, tengo que morir y morir sin luchar...". Viendo la evolución en las constantes radiografías que le tomaban en el hospital, los médicos no podían creer que la esquirla no hubiera llegado antes a su destino final, "debe estar enamorado", le decían.

Su esperanza residía en que alguna vez se encontraran y esas manos que antes habían tomado una pluma para enviarle su mensaje de amor a través de los mares, fueran las que quitara ese fragmento de metal de su pecho, siendo ya doctora. Pero el tiempo apremiaba y la distancia no los favorecía.

Las palabras de las últimas cartas recibidas fueron las siguientes: "vamos, mi amiga, a ver si me promete que será doctora y le juro que entonces tentaré la suerte, la remota posibilidad que tengo y dejaré que sus manos sean las que me operen...cuántos años más me da usted? No de vida, sino para recibirse..."

Bernardita dejó de escribirle. Quizás por el dolor que le causaba no poder cumplir con él, y con ella misma. Quizás por la nostalgia que le provocaba la distancia, las palabras escritas entre sus manos y el olor de la tinta sobre el papel sedoso. Porque en definitiva, sabía, que muy pronto, cada actor volvería a su casa.

Y hoy, tocando esas palidecidas cartas y releiendo una vez más esas líneas que escribió el marino desconocido, vuelve atrás en el tiempo y en el espacio, y siente lo mismo que hace más de cincuenta años, con la ilusión, quizás, de poder inventar otro final para su película, una película de amor en tiempos de guerra.

LA CUBANA ESPERA

Más allá del mar y del horizonte
se encuentra su amado, que un día partiera,
que como un ladrón, en sumo secreto,
dejara su tierra, encubriendo su pena.

La cubana camina por el Malecón,
la noche es muy clara, se sumerge y piensa,
y lágrimas blancas recorren su rostro
tan iluminado por la luna llena.

Sus manos aún tiemblan al sentir la mano
que dejó una huella quemando sus venas,
y sus ojos brillan con tantos recuerdos
de su última cita en la Plaza Vieja.

No se olvidará de ese último beso,
sus labios mantienen aún la tibieza,
y allí en sus oídos están las palabras
que él le susurrara como una promesa.

La cubana sabe que un día, muy pronto,
volverá a buscarla, sin que nadie sepa
y ella junto a él cruzarán el mar,
que ronda su cárcel como una condena.

En el horizonte, donde el mundo es libre,
se encuentra su amado, lejos de su tierra,
y una sombra inmensa recorre su mente,
¿y si él la olvidara? ¿y si no volviera?





Un poco de todo

Lectura de *“Fotografías del alma”* de Beatriz Chiabrera de Marchisone
Por C. Pablo Lorenzo

Lo que más me llamó la atención del libro fue el sesudo prólogo que permite hacer una interpretación de ese nexo delicado entre el escritor, el texto, el lector y la interpretación que se puede asumir desde la empatía o la entropía. Un buen ensayo de quién está inmersa en la actualidad de la información que proviene de varios causes, entre ellos internet. Sucede que además de ser una escritora primeramente local, logra en *“Fotografías del alma”* universalizarse y volverse internacional con la propuesta y las temáticas, también es una mujer de su época, no ajena a los avances y pensamientos que se modifican con la catarata de datos que poseemos hoy. Debemos tener cuidado con esto de saturarnos con información, pero como ya he dicho antes, nuestra colaboradora tiene los pies bien puestos en la tierra, y se permite hacer uso de los medios a su alcance para difundir su obra sin ánimo de lucrar con ello. Ya es difícil ponerse a escribir cómo para también tener que dedicarse al merchandising de su propia obra, algo que nos vemos obligado a hacer porque sin la distribución y la publicidad editorial nos encontramos solos en el desierto con nuestro librito bajo el brazo. Existen pues las ediciones de autor, las cadenas informales de difusión internacional como Papiroando y el pequeño eco que podemos conseguir a nivel local. En todo el país, en otros países, es lo mismo, hay millones de escritores que se las apañan como pueden. Lo bueno es que no hay necesidad de manejarse bajo unos parámetros de adoctrinamiento y similitud que poseen las ediciones de editorial.

Le di el libro a Roberto Silvi, un poeta local para que dejara su impresión ya que la visión de un poeta siempre es muy valiosa a la hora de analizar versos, y sus impresiones seguirán a continuación de estos pareceres.

Por mi parte creo que la obra es un poco de todo, un viaje mental hacia diferentes temas donde uno puede descansar la vista en donde más le interesa, es un poco de todo, piezas o fotografías que son parte de la vida y que se congelan en frases o escritos para poder reflexionar, un libro que se lee en esos viajes largos de colectivo y que aveces te deja mirando la ventana por los ecos que produce en nuestro propio lago mental, la piedra la lanzó Beatriz, las ondas son nuestras.

Lectura de *“Fotografías del alma”* de Beatriz Chiabrera de Marchisone Por Roberto Silvi (harpur2005@hotmail.com)

Primero antes de realizar los comentarios de las poesías, me presento: Me llamo Roberto Silvi, vivo en Río Gallegos, Santa Cruz desde el año 1974, tengo actualmente 42 años y este año me anoté en un taller de literatura a cargo del escritor Pablo Lorenzo donde comenzamos con un taller de novela, más adelante les contaré sobre la trama de la misma así como las poesías que he realizado este año. Bueno, ahora sí quiero comentar *“Fotografías del alma”*, (poesía y narrativa) donde primeramente me pareció una gran combinación de tapa y contratapa con las poesías del interior. También es importante mencionar la investigación que hace la autora en el estudio de la fotografía donde compara el destello de luz por un destello de palabras.

En cuanto a la forma de verso libre se detiene en cada detalle de lo diario y lo cotidiano y lo actual del mundo en el que vivimos en *“Olas”*, pasando por *“Vidrieras”* con una forma de simbolismo poético agradable. En *“Vagones y Campos”* veo una forma directa y sencilla de llegar a percibir la angustiada vida del gueto judío con las marcas insignias que aún perduran hasta en su propia bandera.

Chiabrera de Marchisone, Beatriz



“Fotografías del alma”, de Beatriz Chiabrera de Marchisone, poesía y narrativa, 80 páginas, edición de autor, impreso en *“LA OPINION”*, año 2011. ISBN 978-987-33-0889-5

Blog de la autora: <http://beatrizchiabrerademarchisone.blogspot.com>

ELEVANDONOS SOBRE EL AMOR.-

Elevándonos entre los brazos amorosos de las hadas del tilo, sucumbimos a la amargura del desamor y quizás entre dichos brazos negamos la evidencia de lo sentido...caímos como cae el rocío en la flor y amamos como aman los hombres y las mujeres..allá en mis queridas y envejecidas nostalgias rememoro sin dolor ya...una canción...aquella poesía...quizás la mirada de dolor de la despedida...acá en mi sentido y mi vida sea como la mariposa herida y el soldado que camina hacia su triste final...elevándonos entre las estrellas que mirábamos extasiados...cogidos de la mano...hacia el final del camino...dejo dicho solo una palabra...elevandonos...otra palabra mas...olvido...quizas la mas amada por todos...amor...quizas la mas odiada por muchos...guerras...elevandonos en la vida...miramos a lo lejos y en la lejanía de los días vendrán por fin las manos alzadas a mi.

LO QUE TE DIRIA MUNDO.-

Lo que te diría mundo que camina sin sentido cual dragón entre las montañas sagradas es que...mundo divino y adivino....solitario y cercano...casi nunca dejado de allá...casi siempre entre algodones...quizás en duras rocas...lo que te diría mundo...es sin lugar a dudas...eres una maravillosa forma de vida...un mundo irrepetible y vivo como lo fui en otras vidas...como decirte cuanto amo la vida y cuanto desprecio a algunos...por prejuizar sin conocer...por dejar de lado a la única mujer que lucho en la vida por todos y se abandono en la mirada de los otros...lo que te diría mundo es camina de la mano...no dejes que los dineros usurpen el poder mas absoluto de la vida de un hombre aquel que lloro como un niño en la hora de su muerte...aquel que todos invocamos y ninguno olvidamos...lo que te diría mundo es que llego la hora de luchar...de amar sin condición...de representar en el corazón de las gentes unos amaneceres y algunas palabras...lo que te diría mundo es lo que lucho todos los días cuando amanezco y a mi padre querido van dedicadas mis primeras palabras...te quiero papa.

POEMAS AL CORAZON

**Me acompaña en mi pecho como un ramillete de flores
late acompasado como los sonidos de mis hermanas
nunca me deja...ni de día...ni de noche
y aun en mis mejores momentos
son sonidos de mis razones
y no ya de mis corazones**

**Aquel bendito silencio que callo en mis entrañas
hace medio siglo y nunca me abandono
ni aun en mi corazón
y por supuesto en el don de la razón**

**Corazón como el arma de mi vida
el silencio que medita
la vida que transita
aun en la lejanía
de un día y otro día
corazon...a.compañá mi son
da me fuerzas para cantar al son**



Recibida revista "Escritores e Intelectuales Aconcagüinos en el Bicentenario"

"Escritores e Intelectuales Aconcagüinos en el Bicentenario"

Septiembre 2011

Edición 5.000 Ejemplares

Director y Editor

Pablo Cassi

cassitrovador@hotmail.com

www.pablocassi.cl

Casilla 383 - San Felipe

Diagramación

José Fernández

josefernandez@hotmail.cl

Diseño

Marcela Pizarro

Colaboración

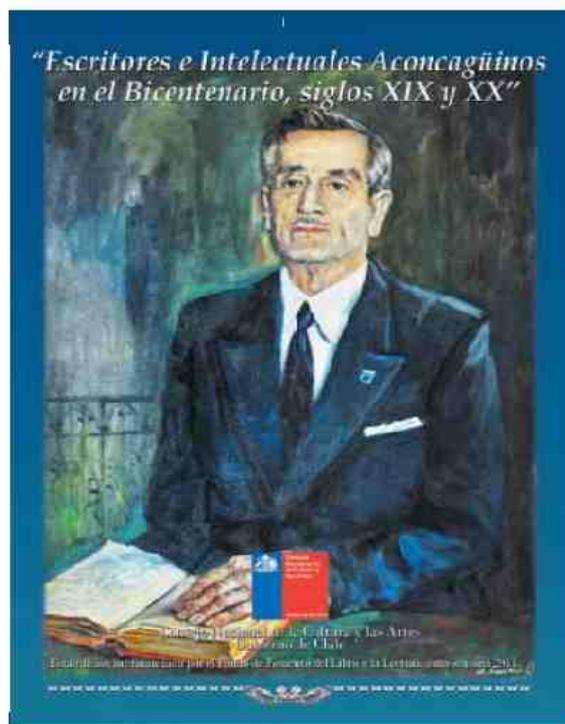
Dayana Díaz Vivar

Candidata a Magister en Historia

Universidad Playa Ancha Valparaíso

Portada: óleo de Manuel Carvallo

Distribución Gratuita.



Un verdadero rescate del pasado, con sus curiosidades y una investigación profunda (Siglos XIX y XX) de los hacedores culturales de San Felipe de Aconcagua – Chile. Una labor para imitar, apoyar e interesarse porque este tipo de iniciativas son las que resguardan a nuestros escritores del olvido y revalorizan la historia. Para leer con calma e interés serio trabajo de bibliografía.

Carta de Amor

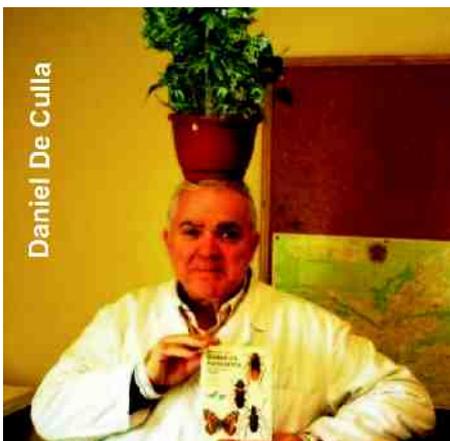
Emilia
confiado en tu amistad
he pedido a Rosa tu correo
siguiendo los impulsos del corazón
y el deseo de poder mantener
un contacto mejor contigo
y quizás una relación.

La alegría que te anima
que salta hasta la vida
y tu espíritu luchador
de los que me he prendado
me hacen llevar mis pasos
hasta ti.

Desde el primer día
en la comunión de las niñas
y más en El Rincón del Pasado
me pareciste una mujer estupenda
y el contento que tuve
en el encuentro de Moradillo
me sabe a poco
desde que volvisteis a Madrid.

No sé el pensamiento
y deseo que tengas de una nueva relación
pero desde ya te digo
y disculpa mi atrevimiento
que estoy dispuesto a hacer tu capricho
a complacerte en todo con respeto
amor y amistad
correspondiendo a tus deseos
y dándote gusto en cuanto
me pidieras
Amor.

Daniel De Culla



Arenas tibias

*“Ojos, bocas y deseo
Sobre su cuerpo,
Como enredándose en sus cabellos”
G. Osvaldo Sosa Cordero*

Caminó desde el baño hasta el dormitorio casi en puntas de pié, efectuando unos extraños pasos de baile, personales, excitantes. Se miró en el espejo. Recorrió su alta figura desde la coronilla al suelo mullido bajo sus pies y admiró la larga cabellera de miel, que abrió en abanico con sus manos. Estaba excediéndose, entonces, realizando un esfuerzo, cubrió su desnudez con la camisola. La suave espuma del desabillé, dejaba aflorar con cada paso, ora una rodilla, ora el nacimiento de los senos. Le complacía sentirse plena. La estimulaba. Se hallaba en condiciones de partir otra vez.

Caminó a su pequeño escritorio, en un reducido living privado. A través del ventanal se dejó llevar por la mañana hacia sitios lejanos.

Paseó por la playa blanca, infinita, dorada por el sol que resbalaba sobre ella y la envolvía, incitándola a soñar.

Lo vio dirigirse a su encuentro con pasos apresurados, atléticos. Se dejó caer a su lado.

Cerró los ojos. No podía evitar sentir intensamente el suave contacto de sus labios en el borde del medallón rosado, ni impedir que la piel se le pusiera como de gallina.

El bolígrafo seguía nervioso trazando las ensoñaciones convertidas en imágenes poéticas, convocantes de instantes felices, esquivos, totales, que se reproducirían en la revista Para Tí.

El sonido de la llave en la cerradura de la puerta de calle, arrugó violentamente los últimos pensamientos y dejó quebrada, inconclusa, la palabra final del párrafo cúspide del encuentro marino. La lapicera rebotó en el suelo. Cansada, se irguió para ir al encuentro de su marido.

Allí estaba él, llenando el vano de la puerta, jadeante, con el henchido portafolios a un costado.

- ¡Hola querida! ¿Cómo estás?

- Bien - contestó secamente devolviendo en la mejilla el beso que inicialmente iba a sus labios. Le dolía en el vientre la rotura del encanto. Recibió y apenas pudo sostener el saco y el vaxuleado portapapeles, que apresuró a arrojar sobre un sillón próximo.

- Apurate, la mesa está preparada y los fideos a punto. No demorés o se pasarán. María ya dio el aviso.

Él retornó del baño sin su cáscara gerencial. En pantuflas ocupó el extremo de la mesa, frente al cual se hallaba depositada una gran fuente de humeantes spaghettis.

Agotado el primer plato, volvió a dirigirse la palabra mientras limpiaba sus labios, con la amplia servilleta que escondió entre sus pliegues el rojo beso de salsa de tomates. La acomodó entre dos botones de la camisa :

- Te veo más pálida que de costumbre, mi amor. ¿Ocurre algo, o son sólo esos días?

- Nada - respondió molesta por tan agresiva intromisión de la realidad en su castro personal - No he dormido bien, siento que comienza un dolor de cabeza que se hará insoportable, ¡como siempre!

- ¡Ufa! ¡Vos y tus prevenciones! Si no viene, lo buscás.

- No exagerés. Me conocés bien.

- No tanto. No termino de entenderte. Me agasajás gástricamente y me rechazás espiritualmente. No sé que extraña lucha entre dioses y demonios se ha desencadenado en la casa - agregó sonriendo sin importarle realmente, como comentario indiferente para llenar el silencio que se había instalado; consecuencia de la abundancia de la comida.

Ella, sorprendida en desventaja, palideció aún más. No efectuó aclaración alguna. Todavía sentía la cálida presión muelle de la arena blanda. Miró para atrás en la alfombra, tratando de ver el

rosario de huellas que habrían dejado sus pies desnudos. Nada. Solo el portafolios sobre el sillón.

Él eructó complacido y acabó con los últimos sorbos de vino que incrementaron el color de las mejillas.

Llevó por delante una silla al pararse para dirigirse al baño, etapa previa a la siesta obligada. La hora y la alfombra oriental del barbero ingerido, lo empujaban, aliviando sus talones.

No pudo dominar un gesto mohíno al escuchar el quejoso ruido que hizo la cama recibiendo su humanidad. Rompió un plato cuando la voz trastabillante de él, clamaba por su presencia.

- ¡Eugenia, Eugénia, vení, no demorés!

Resignada, abandonó el recinto y recorrió el mismo sendero hasta el otro borde del lecho.

Cuando quitó los breteles del sostén, aprovechó para despejar una lágrima que asomaba impertinente, descubriendo su debilidad.

Se volvió y, tratando de sonreír, comenzó a recorrer con el índice los rollos que se habían formado en la barriga satisfecha de él.

Del libro "Para Leer en la cola del banco"

-

SIESTA

*No recuerdo como se llama
Pero que linda y tímida
Que torpe y vana
No, no digan nada
Solo quiero escuchar su voz ansiosa
En el recuerdo
De otra siesta serrana*



Del libro "El mensaje"

Dos libros de Edgardo Ronald Minniti Morgan



Para Leer en la cola del banco: Una serie de cuentos cargados de nostalgia, con un formato clásico y de buen factura, breves, efectivos, con finales e imágenes poéticas que se intercalan para adornar un texto blanco, esas metáforas son una de las firmas de Edgardo. Como muestra basta con el cuento que les subí a la revista.

El Mensaje: Es poética pura se nota que la dupla Nydia Del Barco y Edgardo Ronald Minniti Morgan logran un producto estéticamente agradable en la fusión de dos artes, dos formas de narrar, pero no se puede hablar de producción cuando lo que se muestra está más allá de lo material.

EL MENSAJE

Nydia Del Barco
Edgardo Ronald Minniti Morgan

El autor comparte sus libros de forma gratuita. Si desean recibir estos libros y tres más (tiene una serie de excelentes novelas históricas) envíen un mail solicitándolo a erminniti@hotmail.com



“Para leer en la cola del banco” - Ilustración de la Portada: “Tarántula” - Óleo de Nydia Del Barco - Ediciones Virtuales Eta Carinae – Córdoba - República Argentina – 2011 - © Edgardo Ronald Minniti Morgan

“El mensaje” – ηCar - Ediciones Virtuales ETA CARINAE - Serie: TIEMPOS MODERNOS – Córdoba 2011 -



Edgardo Ronald Minniti Morgan



Escalera a la Luna

Enamorados, los dos, corrieron cuesta arriba la colina. Allí estaba, como él lo había prometido.

- Una escalera - dijo ella - ¿A la luna se llega en escalera? - preguntó incrédula.

El la miró con ternura y le tomó la mano.

- Si, pero hay que subir con los ojos cerrados y sin soltarle la mano al ser que uno ama. Y recién, cuando se pisa la Luna, se puede volver a mirar.

- ¡Qué emoción! - expresó al tiempo que brincaba y batía con ganas las palmas de sus manos.

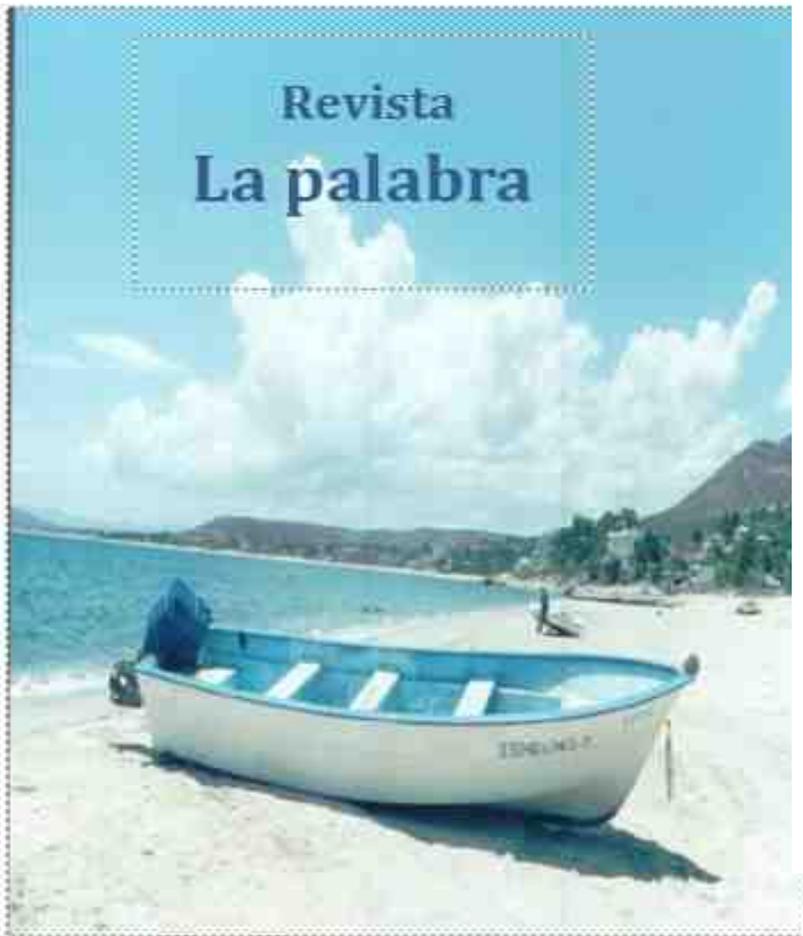
- Si, pero te advierto algo. Para llegar a la Luna, hay que dejar la Tierra atrás.

Ella miró a su alrededor y supo que nadie gana sin perder. Pero al detenerse en sus ojos comprendió que ya no había marcha atrás.

Se los puede ver subiendo peldaño a peldaño y tomados de la mano, las noches más claras e incluso algunos dicen vislumbrar sus siluetas entre las nubes más delgadas, en las noches más oscuras.

Ernesto Parrilla





no confíes en nadie mayor de treinta

por Juan Pablo Rochín

Por mi raza hablará [algún día] el espíritu.

José Vasconcelos

«Nunca confíes en alguien mayor de treinta años», rezaba el eslogan de batalla usado por Mike Jeagger en los setentas. Palabras proféticas cuyo principio básico intuí la desconfianza hacia los adultos a quienes sospechaba con largo y retorcido colmillo. Ideología acerca del futuro que hoy ha sido rebasada por las condiciones actuales del sistema mundo, las economías globales, la generación digital de jóvenes estúpidos, los banqueros sanguijuelas, el «hermano mayor» –ese ciclope televisivo que nos vigila hasta la intimidad– y la eminente muerte del planeta Tierra.

Lamentablemente han sido las normas sociales producidas por los adultos mayores de treinta años quienes incubaron la existente desesperanza del espíritu y la angustia del porvenir de los jóvenes dejándolos «vulnerables», sin oficio ni beneficio.

Durante los últimos tiempos hemos conseguido crear una juventud «espectadora» e inepta; unas figuras de inacción remasterizadas que ponen en riesgo el presente y futuro de la propia humanidad.



Gracias Juan Pablo por tu envío, para pedir la revista: juanpablo_rs4@hotmail.com; pablorochin@gmail.com;

Lic. Juan Pablo Rochín Sánchez
Administrador
"Biblioteca Maestro Justo Sierra"
12-2-28-52

www.bibliotecamaestrojustosierra.mx.tl

CLARA Y SEBASTIAN

Clara y Sebastián eran dos niños de seis años de edad, vecinos casa por medio, en un barrio obrero.

Nunca imaginaron, por sus cortas edades, del desenlace y las alternativas que sus vidas serían protagonistas, con el correr de los años.

La niña era de cutis cetrino con ojos almendrados, cabello renegrado; propios de sus ancestros autóctonos. En cambio Sebastián, todo lo contrario, rubio de piel blanca y ojos celestes, resabios de sus abuelos europeos.

Concurrían juntos a la escuela pre-escolar y siempre se los veía compartiendo juegos infantiles, tanto en la escuela como en sus casas, así también chocolatadas con galletitas, preparadas por sus mamás.

Cuando estaba por cumplir diez años de edad, al padre de Clara lo trasladan a otra provincia ascendido, en la empresa en la cual trabajaba.

Al conocer la noticia, a Clara y Sebastián, los invadió la congoja, desazón y disgusto al sólo pensar en el desarraigo a que estarían sometidos e ignorando el arduo camino que sus vidas tomarían.

Entre los sollozos de ambos, se prometieron, en principio, conectarse por intermedio de misivas y

contarse los resultados de esta separación, al sólo efecto de consolarse mutuamente.

Después, más calmos, ir programando otras formas para poder encontrarse y no olvidar sus vidas. Sebastián le recordaba todos los momentos alegres que pasaron juntos y que le va a doler dulcemente no tenerla cerca, mientras advertía en los ojos de Clara una ternura e intensidad, doliéndole su alma ya que nunca la había visto de esta manera.



Pasaron los meses y después los años, siempre contándose sus cuitas a través de las misivas intercambiadas, porque hasta ese momento había sido imposible poder encontrarse personalmente. Mientras, guardaban fieles sus imágenes y los recuerdos inalterables.

La gran oportunidad para estar juntos se produjo cuando Clara cumpliría sus quince años. Sebastián le solicita ayuda a sus padres para viajar y éstos acceden a que haga el tan ansiado desplazamiento, sin no pocos esfuerzos.

Llegó el día y Sebastián sentía que su corazón palpita más fuerte que lo acostumbrado, pero henchido de alegría.

Después de casi veinte horas arriba de un colectivo, Sebastián llega a destino. En la estación lo esperaba Clara con sus padres. Ambos se precipitaron en un abrazo interminable y con llantos inacabables, cumpliéndose lo deseado, desde hacía cinco años cuando llegó el momento de la separación.

Clara, evidenciaba una mujercita hermosa y Sebastián no paraba en su asombro contemplándola con embeleso, con alegría inusual; quizás, propia del tan ansiado encuentro o luego de tantas tristezas compartidas. A la vez, el notaba que sus ojos tenían una intensidad poco usual.

La noche de la fiesta, con muchos compañeros y amigos que Clara había cosechado en su nueva ciudad, no dejaban de agasajarla pero, ella siempre trataba de estar junto a Sebastián y éste realizaba todos los esfuerzos necesarios para mantenerla a su lado.

Ambos se encontraban exultantes de felicidad y ninguno de los dos deseaba separarse ni un minuto del otro. Fue una noche cargada de emociones que los transportó, una vez más, a sentirse apresurados ante la nueva separación, a pesar que en esta oportunidad, la tomarían con más responsabilidad y entendimiento, por contar con unos años más que en la primera separación.

Se prodigaron promesas de todo tipo y la principal, según entendían los padres de Clara, fue la de sacrificarse todo lo posible en estudiar, para poder ser personas de provecho y contar con un buen

vivir. Sebastián le confesó a Clara su deseo de llegar a ser ingeniero y ella tenía la aspiración de ser odontóloga.

Muy conturbados se despidieron como cuando Sebastián había llegado, abrazados fuertemente y con lágrimas en sus ojos pero contentos de haberse visto, después de un lapso de cinco años y con la promesa de no olvidarse de sus sentimientos. Todo bajo sollozos que acudían a sus gargantas apretadas con una mano gigante que no les permitían articular palabras.

Prosiguieron las comunicaciones escritas y fiel a las palabras y promesas acordadas, continuaron estudiando fuertemente para concretar sus objetivos.

Pasaron tres años y Sebastián cumpliría su mayoría de edad. Le extrañaba sensiblemente que Clara no le manifestara si asistiría a su fiesta. Lo que sucedía es que Sebastián ignoraba que su amiga se comunicaba con la madre de él y habían acordado un viaje de incógnito para darle una sorpresa.

En la fecha de su cumpleaños , número dieciocho, Sebastián manifestaba fuerte desasosiego, a pesar que sus padres se habían esmerado en brindarle un lindo festejo. Todo tenía su motivo, con el mutis de Clara, él pensaba que no se presentaría un nuevo encuentro, a pesar que lo deseaba ardientemente.

Se inicia la fiesta y Sebastián, muy apenado, por la ausencia de Clara, comienza el baile con su madre. Antes de terminar, siente una voz detrás suyo que le dice: bailarías conmigo ahora?. Sebastián se da vuelta y se encuentra con la imagen de Clara que lo miraba sonriente irradiando dulzura. El no podía salir del estupor, impidiéndole articular una palabra. Ella lo abrazó fuertemente y ambos emocionados lloraban sin consuelo. Volvieron a sus cabales cuando todos los invitados irrumpieron en fuertes aplausos.

Sebastián atinó a decirle a Clara: ¡Gracias!, muchas gracias por hacerme el hombre más feliz sobre la tierra, estando a mi lado. También besó y abrazó a su madre agradeciéndole la sorpresa proporcionada, confabulada con Clara. Este día quedará imborrable en mi memoria y en mi corazón por tantas emociones cargadas de felicidad.

Cuando Clara regresó al seno de su familia, volvieron los intercambios epistolares.

Sebastián, después de este último encuentro con Clara, no fue el mismo. Añoraba y extrañaba en forma dolorosa a su amiga de la infancia. El no sabía mucho de amor pero vislumbraba que Clara estaba ocupando un lugar muy destacable en su corazón.

Así se lo hizo conocer a ella en una misiva muy especial y tenía el presentimiento que estaba esperando este momentos desde su infancia, porque la amaba y no lo sabía.. También le mencionó que las Hadas del amor aguardaban en nuestros caminos. Formalmente, le solicitaba que fuera su prometida a pesar de las distancia que los separaba..!Que sería de mí, si no me amas!. Recuerdo tu imagen y mi sangre corre en tropel hacia tu encuentro. Tus ojos me llevan directamente a tu alma.

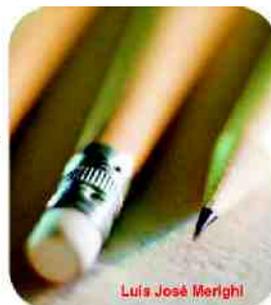
Clara le contesta inmediatamente, dándole el sí a lo solicitado y enseguida continuó: ¿Desde cuando sabes que nuestros corazones tenían que encontrarse?. Porque yo desde chiquita, siempre lo supe y todo lo ocurrido, señalaba este momento porque el amor se edifica de a dos. No obstante, creo conveniente que terminemos nuestros estudios y después decidiremos, mientras, continuemos en soledad con nuestros recuerdos. Yo te voy a esperar porque sin vos, todo lo mío no significará nada.

Pasaron dos años y Sebastián se recibe de ingeniero y Clara de odontóloga. Consultados a sus respectivos padres, éstos muy contentos, aprueban que unan sus vidas.

No esperaron más y decidieron afrontar la vida juntos, considerando que tenían los mismos sentimientos, pensamientos, deseos y las mismas fuerzas. Se amaban desde niños pero no lo sabían. Ahora, cada uno recibe el fuego sagrado del amor.

Con una fiesta muy sencilla, concretaron la unión, colmando de felicidad a estos dos seres excepcionales, donde a pesar de las vicisitudes que tuvieron que afrontar, primó el amor.

Observar el rostro de Clara exultante de felicidad, los concurrentes a la fiesta manifestaban que tenía el alma llena de amor y tierna esperanza.





UNA COMIDA ESPECIAL

Llame a Marián para citarla en el restaurante “Horizontal”, en San Lorenzo del Escorial. Resultó ser tan romántico y encantador, como me había indicado mi amigo. Aunque hacía frío lucía el sol y el lugar era una maravilla; un chalet de grandes dimensiones decorado simulando un refugio de montaña, situado en pleno monte. Cuando ella apareció por la puerta yo estaba sentado esperándola tomando un buen vino. Estaba preciosa, envuelta en su visión hasta el cuello. Nuestra mesa, frente al ventanal, nos permitía disfrutar del paisaje; se veía el bosque y alguna que otra ardilla saltando entre los pinos. Como había imaginado a ella le encantó el sitio.

Mientras examinábamos la carta decidimos pedir como entrantes croquetitas de cigala, que nos ofreció el chef de forma entusiasta y ensalada templada con nueces y queso. Los dos estábamos hambrientos y mientras traían la comida yo habría devorado a Marián allí mismo.

-Estas croquetas están exquisitas -dijo ella cogiendo otra-, tan crujientes por fuera y luego es como si se produjera una explosión de sabor en la boca ¡qué bechamel tan suave! Cuando las masticas parece que la masa ligera y caliente te acariciara el paladar y el sabor de las cigalas...

– No sigas, que entre lo que dices y la boca que pones para decirlo, no se si voy a poder controlarme, y me gustaría llegar a los postres.

Marián rió divertida mientras se metía un poco de queso de la ensalada en la boca y cerraba los ojos para saborearlo mejor, moviendo ligeramente la cabeza hacia los lados, entre tanto me acariciaba la mano por encima del mantel, me encantaba ese roce ligero y una sensación agradable que me recorrió entero.

Estábamos dando buena cuenta de la botella de Rioja gran reserva, y esperando impacientes a que nos trajeran el magret de pato a la plancha con salsa roja de frutos del bosque y verduritas que había pedido Marián y mi venado cuya descripción ocupaba tres líneas de la extensa carta. A mi me habría dado igual tomarme unos huevos con patatas, pues sentía cierta urgencia por estar a solas con ella, en la habitación que había reservado en el Hotel Felipe II, y el tiempo se me antojaba eterno entre plato y plato, sin poder quitar mi mirada de su escote. Marián adivinó mi impaciencia, me dedicó una encantadora sonrisa. Los segundos platos tenían un aspecto de lo más apetitoso. La carne de venado era tierna y jugosa. Marián partió un trozo del magret de pato y me lo acercó con su tenedor;

cogió con los dedos una patatita de mi plato y se lo introdujo en la boca con delicadeza, chupándose los dedos con deleite.

Yo acabe mi plato y pensaba dar por terminada la comida con un café, para poder marcharnos de una vez, pues no me veía capaz de aguantar más tiempo sin abrazarla, pero ella se empeño en elegir un postre. Le gustaba ver el deseo en mis ojos. Algo ligero, dijo y pidió sorbete de frambuesa y limón. Me miraba con los ojos brillantes y sonreía mientras sorbía con su pajita el manjar helado. Comencé a acariciar con mi pie su empeine, a escalar por su pierna con suavidad; Marián no dejaba de mirarme desafiante, con sonrisa juguetona, sabía que me encantaban esos juegos. Me sobresalté cuando note el calor de su pie en mi entrepierna, había colocado el talón en el borde de mi silla y me acariciaba con movimientos precisos, sin dejar de observarme risueña para ver la reacción de su gesto en mi rostro, me hizo atragantarme con el primer sorbo del café italiano que me acaban de traer. Abría mucho los ojos, fingiendo sentirse sorprendida y hasta escandalizada por el efecto del masaje en mi bragueta.

– Con el vino que he bebido yo no puedo conducir. Deberíamos dar un paseo por el pueblo para ver si nos despejamos un poco.

– ¡Estás loca!, con este frío. Mejor iremos pasearemos hasta el hotel Felipe II, tengo reservada habitación.

– Da gusto contigo, cariño, estás en todo.

Al legar a la habitación del hotel y ver las rosas rojas que cuidadosamente había dejado extendidas sobre la cama, Marián se enroscó en mi cuello, ocultando su rostro en mi pecho. Yo le agradecí el gran esfuerzo que había tenido que hacer para acudir a la cita. Sabía lo difícil que le resultaba distraer unas horas de su interminable jornada, sin embargo para mí todo había sido mucho más fácil, al fin y al cabo solo había tenido que decir un par de medias verdades sin consecuencias. Ella también me sorprendió al quitarse el vestido y quedar enfundada en un conjunto de encaje color frambuesa de lo más sugerente.

Después de amarnos con ansia, con fuerza y con ternura hasta quedar extenuados, nos dormimos. Despertamos sobresaltados, se había hecho tarde. Precipitadamente nos vestimos. Acompañé a Marián a su coche y nos despedimos con un apasionado beso, durante unos segundo seguimos abrazos y ella me susurró al oído, conduce despacio, yo tengo que recoger a los niños y nos vemos en casa.



EL SECRETO

Primera Parte

Nunca había entrado en ese cuarto. Aún así no podía dejar de pensar en hacerlo a escondidas para saciar esa malsana y morbosa curiosidad que ya era una obsesión. Sabía con certeza dónde guardaban la llave. Sólo me restaba esperar.

Una mañana, tomé el valor necesario para aventurarme a descubrir lo que se me había negado durante 30 años. Llave en mano y adrenalina fluyendo cual río desbocado, abrí sin dificultad la puerta.

En el interior todo era oscuridad. Prendí la luz. Mis ojos se fueron adaptando lentamente al escenario que tenía frente a mí.

La pieza estaba limpia. Había una cama matrimonial y sobre una de las almohadas se notaba un ahuecamiento, como si alguien hubiera dormido en ella la noche anterior. Todo lo demás parecía estar en su lugar.

Los muebles eran antiguos, como suspendidos en el tiempo.

Salí cerrando con cuidado, y nadie se dio cuenta de mi osadía.

Pasaron varios meses. Una mañana sentada en un sillón donde nadie notaba mi presencia, oí a mi padre decirle a tía Eugenia:

—¿La oíste otra vez llorar anoche? ¡no sé cuándo vamos a terminar con este calvario que parece no tener solución!

—Sí que la tiene— dijo mi tía— será cuando se sepa quién lo mató, ¡porque alguien lo debe saber por más tiempo que haya pasado! y cuando eso suceda su alma quedará libre, se sentirá limpia y en paz y podrá dejar este mundo que tanto la hizo sufrir.

Me estremecí. ¿Qué había oído? ¿A quién mataron en ese lugar?

Mi mente giraba. Me cambié y fui a la biblioteca para buscar en los archivos de los diarios de esa época.

Me enteré que hacía cuarenta años, precisamente en esa habitación, habían encontrado muerto a mi bisabuelo, y a su lado se encontró también el cadáver de su amante.

Continué leyendo y supe que había sido asesinado en presencia de ella y que, probablemente por no haber podido evitar que lo mataran, se quitó la vida.

Dicen que las almas que son culpadas por algo que no hicieron, no descansan hasta demostrar su inocencia.

¿Cuál era entonces el misterio que encerraba esa pieza? ¿Qué había sucedido en ella? Volví a mi casa decidida a hablar con todos.

Ahora yo también compartía el secreto.



08-10-2010

EL SECRETO

2da. Parte

Mi vida cambió radicalmente desde que me enteré de los llantos que se sentían por las noches en una habitación de la casa.

El motivo de ellos, guardado bajo siete llaves, era para mi familia las muertes no resueltas que ahí sucedieron. Sólo logré averiguar que se trataba de mi bisabuelo y su amante. El tema era tabú.

Intenté hablar con mi familia. El denominador común de las respuestas era el no saber nada. Ante esto resolví averiguarlo sola.

Elaboré un organigrama. En primer lugar hablaría con algún amigo de mi bisabuelo, cosa que hice al día siguiente.

Me levanté temprano y fui a visitar a Lorenzo. Los años habían hecho su trabajo en él, pero su mente estaba clara y sus recuerdos nítidos. Contó que Pedro y Luz_ su amante_ lo fueron por mucho tiempo.

_ Se amaban... ¡mucho!_ dijo tímidamente.

_ Todo bien Lorenzo, hable tranquilo, sólo vine a buscar la verdad o el camino hacia ella.

_ ¡Es hora de que se sepa m'hija! ya son muchos años inventando excusas y creyendo mentiras.

_ ¿Usted sabe algo en concreto?

_ ¡Noo!... sólo suposiciones, pero nada más que eso.

_ Mi bisabuela ¿sabía de esa relación?

_ Lucía era una buena mujer. No sabía vivir sin Pedro, pero él ya no la amaba. Desde el momento que conoció a Luz vivía y respiraba sólo por ella. Creo que nunca supo de esta relación, pero a una mujer inteligente como ella no creo que se le escapen los detalles.

_ ¿Le parece entonces que ella sabía de este amor clandestino?

_ No lo sé. Sólo sé que el día de los asesinatos ella no estaba en Venado Tuerto sino en Rosario. Un médico la estaba tratando por el problema de salud que terminó con su vida cinco años después. A su llegada sé que le contaron de la muerte de Pedro, pero no la verdad de lo sucedido para evitarle un dolor mayor. Yo estaba ahí en ese momento por eso se lo cuento.

_ Acaba de decir “asesinatos” Lorenzo, ¿usted cree que a Luz la mataron?

_ Sí. Ella sola no hubiera podido hacerlo.

_ ¿No hubiera podido?

_ No. Un problema en su brazo derecho le había afectado la mielina de sus músculos, no tenía fuerza en él. ¡Y ella no era zurda!

Ahora estoy cansado. Me voy a dormir.

_ Bueno Lorenzo, no quiero molestarlo más. Muchas gracias por todo lo que me ha contado.

_ No es nada, venga cuando guste y llegue a la verdad para que los dos puedan descansar en paz.

_ Trataré de hacerlo.

Lorenzo estaba convencido de que fue un asesinato doble. Algo sabía o intuía. Pero no podía precisar si no se acordaba o no se animaba a decirlo.

Decidí acudir al origen del caso. Al expediente. Para ello pedí audiencia en los Tribunales explicando el motivo de la misma y el deseo de leer las actuaciones.

Luego de dos días me encontré ante una vieja y enorme mesa con un expediente autos caratulados: "GÓMEZ, Pedro y otra s/ Homicidio culposo"-(Expte.Nro.1360-Año 1971)

No tenía muchas páginas. Me detuve en el informe del forense. Era concreto y en síntesis decía que a Pedro Gómez lo habían asesinado el 05 de Agosto del año 1971 cortándole la aorta lo que le produjo un shock hipovolémico sobreagudo lo que derivó en un paro cardiorrespiratorio. El corte era oblicuo, de unos tres centímetros de ancho y con una profundidad de 8 cm.

Seguía diciendo que Luz Maná se quitó la vida clavándose "el mismo elemento punzocortante" directamente sobre el corazón con una entrada de derecha a izquierda. Que el arma homicida era un cuchillo de cocina encontrado en la escena del crimen y que el mismo estaba archivado junto a todas las pruebas del caso y bajo su número de expediente.

Terminé de leer, di las gracias y partí. Ya en mi casa pensaba en lo que había leído. Algo no estaba bien pero no me daba cuenta qué era.

Cuando desperté al día siguiente, mi mente en forma automática hizo que encajaran las piezas. El forense en su



informe decía de un corte de “unos tres centímetros” y que el arma homicida encontrada en la escena era un chuchillo de cocina.

Esos cuchillos no miden más de dos centímetros. Era una incongruencia entre la herida y el elemento utilizado. Me pareció que era la punta del ovillo que debía deshacer, pero para ello tenía que estar representada por un abogado.

Recurrí a María Laura, mi abogada de confianza. La expuse el caso y le expliqué el motivo de su intervención. Tendría que gestionar una autorización para realizar el ADN a la sangre del cuchillo para ver si concordaba o no con los cuerpos de los fallecidos.

Luego de veinte días de espera estábamos en la Oficina del Dr. Alev esperando el resultado. El informe era claro y concreto. El ADN de la sangre encontrada en el cuchillo correspondía a Luz Maná. Era la única sangre encontrada en él. Por lo tanto no fue el arma que mató a Gómez.

El impacto fue fuerte. Pagamos los gastos correspondientes y nos fuimos.

_Mar, ¿vos no te esperabas esto verdad?

_Estaba dentro de mis opciones.

_¿Cómo sigue esto ahora?

_No lo sé. Tenemos el arma que mató a Luz pero no la que mató a mi bisabuelo. ¿Quién pudo sacarla? Si nadie entró desde el exterior ¿alguien estaba escondido adentro?

_Creo Mar, que acá terminó todo, ya no tenés caminos para buscar. Los años pasados y la falta de testigos te juegan en contra. ¿Qué pensás hacer?

_Nada más. Por lo menos sé que ella no lo mató. Puede que se haya quitado la vida pero me acuerdo lo que me contó Lorenzo respecto a que no tenía fuerza en su brazo derecho. Y además en el informe de la autopsia decía de una entrada de derecha a izquierda. ¡Eso no pudo ser! Dejaré que mi mente, delirante como de costumbre, juegue con las posibilidades.

Volví a casa con un amargo sabor. Sabía que el no haber resuelto el asesinato implicaba que los llantos no iban a cesar. Reuní a la familia. Conté lo sucedido y todos coincidieron. Algunas miradas cruzadas entre ellos, casi imperceptibles, no pasaron por alto para mí. Los ví más nerviosos que nunca.

El agua tibia resbalando por mi cuerpo comenzó a relajarme. Me recosté en el sillón de mi pieza pero el sueño me ganó.

Al día siguiente sentí que debía canalizar mi desazón. Resolví arreglar la biblioteca, los libros pesaban mucho y estaban arruinando los estantes al estar tan desprolijos.

Acomodaba todo como autómatas sin poder resignarme, sentía que no faltaba mucho por resolver y eso me irritaba aún más. Le pedía inconscientemente a mi bisabuelo que me mandara alguna señal, tal era mi impotencia.

Al mediodía me llamaron para almorzar. Estaba saliendo cuando mágicamente un libro cayó de la estantería. Era “Amalia”, de José Mármol. Sus páginas, de papel grueso y añoso se abrieron y una tira de papel llamó mi atención. Me acerqué a levantarlo y lo tomé.

Era un boleto de colectivo con fecha 04 de Agosto del año 1971. El itinerario que marcaba era: Rosario- Venado Tuerto.

La luz se hizo en mi mente. Con mucho dolor me di cuenta que el caso acababa de ser resuelto. No quedaba más que contarle la historia a la policía.

A partir de ahora no habría más llantos, y sus almas, después de cuarenta años, podrían descansar en paz.

06-02-2011





QUÉ SOMOS TÚ Y YO

Qué somos tú y yo
sino dos trozos de vida
enlazados hasta el infinito.

Qué somos tú y yo
sino dos corazones
abiertos de par en par.

Dos almas interconectadas
por el invisible hilo
de los sentimientos.

Dos cuerpos expuestos
a la intemperie de la
máquina del mundo.

Qué somos tú y yo
sino dos náufragos
en mitad del mar.

Qué somos tú y yo
sino un sueño
repetido mil veces.

Miguelangelrincon.com





EL AMOR MÁS PURO

Se pierde en esos ojos llenos de luz, respuesta a todos sus interrogantes.

La eternidad se refleja en ellos; ya no hay pasado, sólo presente y futuro.

Acaricia esos dedos inocentes que se enredan en los de ella y se queda prendida a esa sonrisa que, desde hace nueve meses y desde hoy y para siempre, será tan precioso como el mismo aire.

Es y será el mismo aire que impulsará su vida. Todo lo contiene él: el amor, la vida, los sueños, la realización; todo se refleja allí, en los ojitos inocentes y puros de su hijo.



UNA HISTORIA DE AMOR

Era un domingo de verano y el día se presentaba impecable para asistir a bailar a un pic-nic, al cuál concurrí.

Cuando me decidí a bailar, me llamó la atención una “flaquita” de sincera, amplia y simpática sonrisa, sobresaliendo ampliamente de las chicas de su entorno.

Recuerdo su blusa blanca impecable y en compañía de otra señorita.

La invité a bailar y desde allí en más, toda la tarde. ¿Por qué?, porque aparte de su sonrisa amplia, su risa sonaba como pequeños cascabeles.

Evidentemente, para mí, esos dos factores fueron lapidarios, me cautivaron. Casi al final del acontecimiento, le sugerí volver a encontrarnos el domingo siguiente en el baile del club “Fortín Barracas”. Su contestación fue con rodeos, que quizás si y posiblemente no. No obstante, ese domingo concurrí al baile señalado, pero ella no se hizo presente. La desilusión no me permitió disfrutar de la noche, como me imaginaba y sintiéndome abrumado tomé dos cervezas y opté por retirarme. Me fui a mi casa caminando a pesar del largo camino. Mi mente trabajaba con aceleración, buscando la respuesta del ¿Por qué?, la flaquita no había concurrido, impotente para desalojarla de mí pensamiento.

Sin darme cuenta del tiempo y la distancia, llegué a mi domicilio.

Nunca, jamás, nuestros caminos se cruzaron y el tiempo fue diluyendo su figura, como volutas de humo.

Después de más de cincuenta años, desde aquel entonces, se hizo la luz, cuando me entero que aquella flaquita simpática, se había casado con un amigo mío de la adolescencia. Me refiero a esos amigos que son como hermanos no tenidos.

De todas estas circunstancias, yo era ignorante. A la amistad personal, se agregó la de ambas familias a tal punto que su primer hijo y mi primera y única hija, compartían juegos infantiles. A pesar de ello, no estuve enterado, ni lo imaginé, quién era la esposa de mi amigo. Con Tito compartíamos muchas horas de trabajo, en horarios que no nos hacía muy felices. Los dos, junto a Humberto Spatazza, otro fuera de



serie, conformábamos un trío formidable, porque allí se ponía en evidencia las estructuras de nuestros hogares. Padres que vivían sanamente de su trabajo, pero con una disciplina, que a veces, se pasaban de revoluciones, pero que al final, reflejaron buenos resultados.

Otras de las circunstancias que nos permitía un trato sincero, entre los tres, es la afinidad que los humanos sienten sin saber el porque, o también por ser personas sencillas, decentes y buenas; como nos habían enseñado.

Solíamos matizar algunas mañanas con un picado de fútbol en un potrero, detrás de la fábrica de fideos Minetti, en calle Salta 3400, terreno perteneciente al ferrocarril. Allí concurríamos con otros compañeros de trabajo.

Cuando salíamos de nuestras tareas, que a diario se ampliaba a una hora extra, sin retribución alguna, los tres veníamos caminando siguiendo el recorrido del tranvía N° 5, considerando que el transporte era un desastre y ésta era la única línea que nos acercaba a nuestros hogares: Spatazza, Catamarca e Iriondo; López en Avda. Alberdi y Humberto Primero, donde combinaba con la "Cucaracha" llevando 16 personas sentadas, desde esa esquina hasta el Barrio Empalme Graneros y yo un par de cuadras más al norte, calle Junín o hay que olvidar que estamos hablando del año 1950, cuando la ciudad apenas tenía quinientos mil habitantes.

Por eso, esas medianoches que nos sorprendían en las calles, eran de una ciudad dedicada al trabajo y por consiguiente pocas personas nos cruzaban.

¡Claro!, éramos muchachones de 18 años de edad y todo nos resbalaba. Por eso, silbando despacito nos desplazábamos caminando y en cada bar abierto nos tomábamos un chopp. En una oportunidad, nos sentamos en el bar "Tolosa", en calles Santa Fe y Pte. Roca. Habíamos consumido dos lisos cada uno, de improviso el tranvía cinco daba la vuelta por Roca.

Sin pensarlo, abandonamos la mesa y nos subimos al tranvía sin haber abonado la consumición. Al día siguiente le explicamos al mozo que no fue una picardía sino una necesidad porque si perdíamos ese tranvía quién sabe hasta que hora teníamos que esperar el siguiente, el hombre entendió y no pasó nada.

Así pasaron los años y nos fuimos casando, a Spatazza, que se había acollarado con una pelirroja, lo cargaba siempre diciéndole que nunca me había acostado con una roja, si no me la podía prestar por un ratito.

Con él tuvimos una cruce de canarios, yo tenía un macho y él una hembra de color verde. Tuvo dos pichones.

Con Tito, pasó otro caso, él tenía un perro salchicha puro y un compañero de trabajo le le informa que una vecina suya tenía una perra de la misma raza que estaba alzada. Así fue que lo acompañé a llevar el perrito, recuerdo que fuimos en bicicleta hasta las calles 9 de Julio y Avda. Francia.

Llegamos, lo presentamos al novio y la viejita quedó conforme. Pero, al parecer la que no quedó conforme fue la perra, ya que no quiso saber nada del novio que le habían traído. Como era un cachorro, él quería jugar, no hacer otras cosas.

La viejita muy solícita, le colocaba fomentos calientes a la señorita, para que dijera que sí. No obstante, nada ocurrió y hubo que ir a buscar al novio desafortunado. Las hojas del almanaque fueron cayendo y los tres, con sus familias bien constituidas tomaban el camino que la vida y el destino le tenía asignado. Mientras tanto, yo continuaba sin saber que la flaquita era la esposa de Tito ¡Parece una falsedad, pero era la realidad!.

Estas remembranzas producen emociones intensas en la actualidad, a pesar que se originaron hace más de cincuenta años ¿Quién podría haber sido la persona que me informó lo relativo al pic-nic?

¡Nadie más que uno de los protagonistas, la Flaquita!.

Los detalles concordaban cuando comencé a exigirle a mi memoria y en ese estrujar renacieron los sentimientos almacenados en mi fuero interno, con descripciones individuales, comprensivas e irrevocables; porque nada se da aislado, todo está ligado a algo que es su razón y por el regreso crítico sobre sí mismo y su origen.

¿Cuál era el origen ¿. El origen fue el pic-nic, poniendo de relieve la primera sensación de agrado a una figura que se había disipado y ahora renacía. Se me ocurre que los impetus juveniles son singulares, vehementes e irrevocables, pero la seguridad y las experiencias acumuladas, nada tiene para envidiar al ardor de la mocedad. Al fin y al cabo ¿Qué es la vida?. Si a ella no se la transita con un amor sincero, noble y con cierta pasión y tener fe en cuando una puerta de la felicidad se cierra, otras se abren.

Para vivir con felicidad, es necesario triunfar. Hay que anular el desaliento, la tristeza y el tedio, porque todo eso empequeñece o destruye todo lo bueno que tiene la vida. Es muy feo y triste tener soledad en el alma.

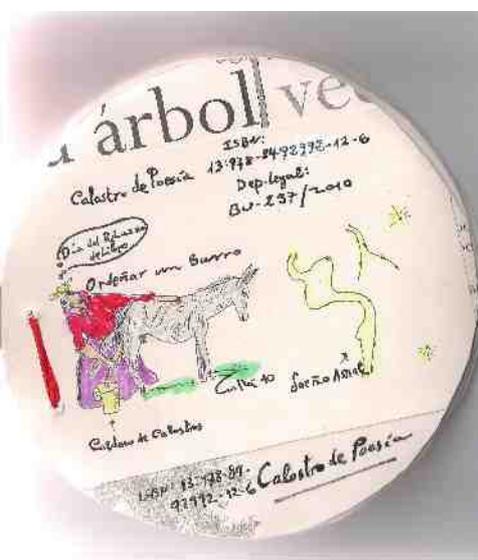
Nada importa la solvencia económica, porque ella se puede desvanecer. Lo principal es amarse, tolerarse, hacer sonreír el corazón de la persona amada; porque con ello se puede conseguir un día claro que se había presentado oscuro. Estimo que la felicidad de una pareja, los hace dulces, ante situaciones amargas.

Algunos opinan que hay que despreocuparse del futuro, cuando las personas recorrieron más de la mitad de sus vidas, concentrándose en el presente, donde la vida acontece. Otra circunstancia que incide para ser feliz, es intentar descubrir el placer en rodearse de cosas cotidianas: esposa, hijos, nietos, mascota, música, plantas, hacerle saber tus sentimientos a la mujer amada, observar un atardecer ,lo que sea que ames; porque al final, el hogar será el refugio.

Ayuda a conseguir la felicidad, vivir con alegría y esperanza, donde cada día nos tiene que sorprender con algo bello y positivo. Tener una razón para vivir y sentirse vivo ya que perseguir a la felicidad es una carrera de todos los días. pienso que en el momento de perder las esperanzas y los sueños, se comenzará a morir lentamente Si es mi amor que te molesta, yo me borro, porque primero está tu dicha. Me pregunto: ¿Amar es sufrir? ¿Entonces, porque amamos?. Si la vida nos ofrece goces y no queremos tomarlos ¡No nos reprochemos!.

Yo no quiero que eso ocurra, así que te voy a atar a mi corazón para no perderte otra vez. Por todas estas razones y un montón de cosas más es por lo que a diario pienso en ti, porque me importas demasiado. aunque nos veamos poco, ni la distancia , ni la frecuencia de encontrarnos impedirá que conserve mi cariño por ti, mi corazón te amará siempre..





**Libro Recibido - Calastro de Poesía - ISBN: 13:978-84-92992-12-6 -
Dep. Legal: BU-257/2010**

Sorprendente con sus atenciones Daniel envió un libro redondo con material reciclado, un libro único y original con dibujos propios hechos a mano, una delicatessen que atesoraré en mi biblioteca. Familiarizado con sus temáticas y leído los textos (muchos de los cuales se pueden ver en Papirando) es indudable que se trata de uno de los colaboradores más profusos, originales y quien me honra con una amistad a distancia. Una persona que vive realmente el arte.



Historia de un Amor

Supo de mi romance veraniego con mi co-terapeuta. Y del *affaire* con la acompañante psiquiátrica que trabajó en la Clínica pocos meses, durante la temporada que tuvimos completo el cupo de internados, y en la que llevamos adelante el Congreso sobre psicosis en el auditorio de Johnson y Johnson. Cuando la doctora Julieta W. me dio calce, no especulaba en ligar con ella. Nunca se había dirigido a mí en los grupos de reflexión ni en los ateneos. Un jueves (como todos los jueves desde las veintiuna), en reunión de equipo, advertí que me observaba y me empezaron a latir las orejas. Correspondí, afable.

Daba arranque a su Fiat 600 cuando me pregunta si me acerca. *Convinimos* que podría hacerlo. Me arrellano al lado de Tito, el terapeuta ocupacional, en el asiento de atrás. En el de adelante, acompañando a Julieta, estaba Nora, tan graciosa, la médica de los domingos. Fueron dejados primero Nora, en Plaza Italia, luego Tito, en Santa Fe y Agüero. Julieta vivía en la avenida del Libertador y Callao, y yo en Balvanera. Insistió en llevarme hasta mi casa. Y lo hizo. Apagó el motor y fumamos mientras sosteníamos una charla sobre *el discurso universitario*. Me contó que el padre le bancaba su análisis. La seguimos en mi departamento, bebimos té de manzanilla y le mostré fotografías. Al principio no reconocí su viscosidad. Procuré besarla en la boca (en instancia de franca comunión). Rehusó y continuó parlotando. Nuevo piletazo mío, ahora con ligero aferramiento, y otra vez se me niega. No la dejo pasar: me refiero al “ósculo fallido”. Sonríe, me toma una mano, y como leyéndome la palma, me informa que se va. La acompaño hasta la puerta de calle y despidiéndome con un solemne beso alevoso en la frente, la cual despejo del flequillo, le permito introducirse en su autito y partir.

Fue después de tres jueves que me dio a entender que había quedado esquilada al cabo de noches pasionales con un seductor abandonante. Desconfiaba de mí aunque aseguraba enigmática que yo era “bueno, bueno”. Se sacaba los anteojos y me *instilaba briznas untuosas*. Se lo espeté una vez, así como me salió, ya inflado, luego de retomar la ofensiva en el coche y ofertar otro rango de proximidad. “Instilar” y “briznas” entendía, pero “untuosas” le resultaba vocablo desconocido. Y me siguió llevando.

En las supervisiones quincenales de pacientes, apoyaba mis opiniones. Y me buscaba para trasmitirme alguna cosa. Y cuando me invitó a tomar café irlandés en una confitería del barrio de Núñez, evalué que valía la pena acceder. Me la imaginaba como a esas minas que se desatan haciendo el amor, como desquitándose, furiosas y posesivas, y te exclaman loas crudas con referencia anatómica. Ella ya había mentado su “capacidad de entrega”. Ingerimos el irlandés y torta de frambuesa. Estacionados frente al edificio de mi departamento, la mordisqueé en el cuello y en la (también latiente) orejita. Pero no pasamos de ahí.

Más adelante, me avisó de una fiesta para celebrar la inauguración de su consultorio. No fui. Yo la atendía más seco. En otra llevada a mi casa me agarró descuidado, me instó a que subiera con ella y ya en el quinto piso, bailamos, y cuando se espesaba el clima, le vino la fobia y pidió té.



En un mediodía feriado me sorprendió telefoneándome: “¿Vendrías a buscarme para ir juntos a almorzar?”... Acepté. Hice la cama así nomás y mientras daba vueltas a lo marmotón me entretuve en fantasear que la violaba: con el inequívoco y lucidísimo propósito de revelarle las ganas, de trocar en positiva su irradiación, de impedir, aun con coerción, que se malograra tanta energía envasada. Presentificarle el sortilegio. Así seguía yo con mis fundamentaciones. Me atraía, ubicados en tan fronteras circunstancias, la posibilidad de consumir ese acto reprobable. ¿Qué comimos?: capeletis al roquefort.

El jueves (esto es: ya comenzado el viernes) subió a mi departamento. Por lo espinoso de mis inconfesables inquietudes yo oscilaba entre estar paralizado y salido de la vaina. Probé de inducirla como un caballero, pero en vano. Junté aire, la alcé, la trasladé al dormitorio y la arrojé a la cama. Con mis manos y brazos abrí los suyos y la besé con implacable dulzura. Me noté un poco vil cuando desabotonaba su blusita y deshacía el lazo. No gritaba ella, tensa. Decía “no, no”. Y a mí me salía “sí, sí”. Ya bastante desnudada, sujetándola, logré desnudarme. No fui delicado durante todo el procedimiento, yo estaba improvisando, persuadido de mi pronta redención. Fui brusco sólo lo inevitable. El cunnilingus la arreboló. Me trató de “malo”. Y proseguimos consubstanciándonos hasta el amanecer.

Milagro, portento, prodigio: suceso extraordinario: tras varios años de matrimonio, somos felices. Julieta me ruega a veces que le dé unos chirlos y la zamarree, y asevera henchida de orgullo, anhelante, que soy maravilloso.



REGALO TARDÍO

La reconocí al momento. Me quedé parado, pegado a la puerta de la librería, una muy antigua de la calle del Prado. Perla recorría las estanterías; se movía despacio, con esa armonía de gestos cadenciosos tan suyos. Así la vimos por primera vez cuando llegó a la piscina; Santi y yo estábamos sentados en el trampolín, él me dio un codazo y yo le guiñé un ojo. Los dos nos enamoramos de ella en ese mismo instante.

Perla pasó a otro anaquel, sacó un volumen con aspecto de añejo y se entretuvo en ojearlo. Repasó otra sección, apartó dos volúmenes y se los entregó al dependiente.

Seguía llevando el pelo corto, algo que entonces nos llamó la atención; el resto de las chicas presumían de melena, pero ella era original en todo: bailaba mejor que ninguna el Twist y la Yenka, no hacía ascos a cazar ranas, a trepar a árboles... ¡Era fantástica!

Cuando salió de la librería yo estaba en la acera, sonriendo, esperándola. En sus ojos negros primero se reflejó incredulidad y sorpresa, después le brillaron de emoción. Al abrazarla, su piel, amasada con nácar y pétalos de flor, me trasportó a aquel verano serrano, a las mañanas en el río bordeado de juncos, las tardes de piscina, al anochecer en el merendero del pinar... Llevábamos veinticinco años largos sin saber uno del otro y, sin embargo, no había pasado un solo día sin que me acordase de ella.

—No eres el único —confesó Perla—, aunque estás más guapo que entonces. Tampoco me he olvidado de Santi.

Aquel mes de julio nos hicimos inseparables: organizábamos excursiones, recorríamos el río en barca, nos bañábamos... Perla decía estar enamorada de los dos.

—Y lo estaba— aseguró mientras tomábamos un vermú en una terraza de la plaza de Santa Ana—La verdad es que siempre lo he estado, aún ahora.

Me fijé en su alianza y ella sonrió.

—A mi marido le quiero. Lo nuestro era otra cosa; algo muy especial, idílico.

—El primer amor— resumí yo—. Y el primer beso; son cosas que marcan.

Lo dejamos ahí. Ambos teníamos un compromiso previo para comer. Ella el almuerzo de clausura del Congreso de Dermatólogos al que había venido. Yo, con un cliente.

Quedamos para cenar.

—Pronto— se mostró Perla impaciente—, tenemos mucho de qué hablar.

Faltaban diez minutos para las siete y ya estaba yo en la puerta de su hotel. Ella apareció puntual; llevaba un conjunto rojo, con botones dorados y un cinturón metálico con cadenas que se movían al andar. Mientras atravesábamos Madrid me contó que vivía en Oviedo, que tenía consulta de dermatología en una prestigiosa clínica, que estaba casada, que tenía una Perla de veinte años en la universidad, y un tormento de diecisiete, loco por las motos y la música.

—¿Y tú?— preguntó a renglón seguido.

—Soy abogado. He vivido en pareja un tiempo, pero no terminaba de funcionar— respondí escueto.

Puso una mano sobre la mía y reparé en que no llevaba la alianza. Se acercó un poco más y reclinó la cabeza en mi hombro. La besé en el pelo y ella me devolvió la caricia rozándome suavemente el cuello. Circulamos en silencio, disfrutando de la intimidad propiciada por el espacio reducido del coche, de sus dedos, largos y finos, subiendo y bajando por mi pierna.

El sol otoñal moría cuando llegamos a La Cabrera. Los chales de toda la vida flanqueaban la carretera a ambos lados. Continuamos todavía un trecho hasta tomar el desvío hacia Gargantilla. El panorama era muy distinto del de antaño; las modernas urbanizaciones se sucedían con edificios alineados, fantasmagóricos sin veraneantes, sin inquilinos de fin de semana. Llegamos hasta el río; bajamos y lo contemplamos enlazados por la cintura; sentimos el pasado enredado en los juncos, agazapado entre los álamos. Buscamos el árbol en el que labramos el corazón atravesado por dos flechas y tres iniciales. Apoyados en su viejo tronco, nos besamos.

—Estamos donde lo dejamos— Perla, con un suspiro de nostalgia, rompió el encanto del momento.

—Pero han cambiado muchas cosas— puntalicé yo— Nosotros, el paisaje... El merendero no existe, por ejemplo.

—¿Y tu casa?— preguntó.

—Sí, eso sí. Aunque apenas vengo. La de Santi la vendieron hace años. El vive en algún lugar de Inglaterra y le perdí la pista.

—Ya. Recuerdo que estaba enfrente de la tuya. Y la que alquiló mi familia aquél verano, al otro lado del pueblo.

Guardamos silencio, ensimismados en el pasado, en tanto llegábamos al restaurante.

—Os marchasteis de la noche a la mañana. Sin despedirte— recordé dolido, retomando la conversación— La tarde anterior quedamos para ir al río al día siguiente. Era mi cumpleaños y había convencido a mi madre para que nos preparase una buena merienda. Tenía puestas tantas



esperanzas en aquella celebración...

—Yo también, pensaba hacerte un regalo especial —suspiró compungida— Avisaron a última hora, mi abuelo había muerto y... Te dejé una carta explicándotelo. Y mi dirección. La tiré por encima de la valla. Nunca me escribiste.

—Nunca la encontré. ¿Por qué no lo hiciste tú? Sabías mis señas.

—Orgullo, decepción... Ya no importa—se incorporó por sobre la mesa y me besó—. Hoy estamos juntos.

Fue el anticipo de una noche maravillosa. Apenas pudimos contenernos hasta llegar a Madrid, a mi casa. En el ascensor, con los dedos torpes de urgencia, empezaron a caer los primeros botones dorados. Le pasaba las manos una y otra vez por el cuerpo rotundo, lo esculpí en cada hueco, cada arista, cada redondez... Quería guardar memoria de ella.

—Cuánto has tardado—le dije y mi propia voz me sonó extraña, quebrada.

Consumimos la noche en el silencio de los besos, en suspiros de caricias...

No recuerdo cuando me dormí con su cabeza apoyada en mi pecho. La luz bañaba la habitación al abrí los ojos. Pero ya no estaba Perla.

La ropa de la cama conservaba su perfume, la tibieza de su cuerpo de nácar y mi boca su sabor a pétalos de flor. Sobre la almohada encontré una nota, escueta, pero prometedora.

“Sé dónde encontrarte y cualquier día puede ser perfecto para una celebración. Feliz cumpleaños, querido.”

FIN

Pilar Ugarte



CORSOS ERAN LOS DE ANTES

Disfrazado de silla Luis XV, comienzo a recorrer las calles iluminadas. Sin haberla buscado, me encuentro con la chica de mis sueños roja buzón, aguardando que le regalen una carta. Ella se acurruca entre mis brazos de gobelino y caminamos entre las demás máscaras.

La serpentina y el agua de los pomos se cruzan por el aire y enlazan a Superman con el Corsario Negro, a cierta Caperucita con uno de los tantos Patito Feo, al cowboy con una gitana. Nadie se preocupa por la hora: siempre es temprano. Las matracas compiten con los globos que revientan porque sí.

La calle y las veredas ruegan un espacio de libertad, y los perros vagabundos se esconden con miedo bajo las maderas quejosas del escenario donde pasearán las mascaritas, aspirando al premio. Algunas madres llaman a sus hijos perdidos voluntariamente entre los vendedores de estrellitas y los heladeros.

Desapercibidos, paseamos nuestro recién estrenado amor a primer antifaz bajo las

lamparitas de colores buscando una vereda arbolada y sin luna. Su boca rectangular me susurra un deseo: recorrer mi disfraz hasta escuchar el latido del corazón. Yo, encontrar el cierre relámpago que descubra su verdadero yo. Somos mascaritas sin sosías. A seis cuadras del



curso, contra un paredón roído por la lluvia y el tiempo, consigo deshacerme de las maderas que me dan forma y de la tela que me cubre. Haciendo malabarismos, deslizo con cuidado el cierre casi interminable del papel maché, hasta que cae y forra las baldosas. Nos asombramos al conocernos hombre y mujer. Sorbo de su boca verdadera y la encierro con dulzura entre mis brazos de carne. Ella apoya su oreja contra mi pecho y ríe con el galope interno.

La luz de la madrugada nos encuentra contándonos nuestros recuerdos y sueños. Mientras, se dispersan las otras mascaritas con cabezas de cartón bajo los brazos, cientos de globos se quedan enlazados en las ramas de los árboles, y otros personajes bailan borrachos mientras guardan los martillos de plástico y los pomos vacíos para el año próximo.



VOLVER AL SUR

I

¡Si parece que lo estoy viendo! El conventillo de chapa y madera. El patio de tierra con pedazos de ladrillos haciendo un camino para evitar el barro. En el primer piso, al final de la escalera, al fondo, mi pieza.

Mi viejita bombea el primus para darle presión, después, levanta la pava antes del hervor para que la yerba no se queme, sacude la calabaza, hecha un chorro de agua caliente en el costado, mete la

bombilla y empieza a cebar. Mientras tanto —tengo la imagen delante de los ojos— enfrento al espejo, termino de apretar el jopo con la mano izquierda, acompaño con el peine en la derecha, estiro el pañuelo en la abertura de la camisa, acomodo el funyi un poco ladeado, como casual y esquivando la curiosidad materna, ubico cuidadosamente el facón entre los riñones, bién calzado y de salida fácil, por si acaso.

Un último amargo. Bajo, cruzo el patio. Esquivo a los pibes que corretean. Salgo por Olavarría. Camino sin prisa hasta Necochea.

La esquina está encendida de luces multicolores. Se escucha la orquesta típica tocando en el corralón. Hembras y malevos van desapareciendo por el portón de hierro. No entro enseguida, espero a que se llene el lugar. Inclino levemente la cabeza y toco el ala del funyi sobre la frente saludando a las mujeres que se me cruzan. Sonríe sobrador. También saludo a algunos amigos, pocos, no soy hombre de muchas amistades.

Cuándo ya no hay casi nadie en la vereda entro al salón para hacerme notar. Ya me conocen bien, tengo mi fama. Me abro paso entre la montonera, busco una mesa y pido ginebra. No bailo por un buen rato. Estoy atento a la ocasión, sin apuro.

Entonces la veo. No es habitué del lugar. Sus ojos negros lo absorben todo, su sonrisa me perturba y me atrae. Me acerco, le hago una seña imperceptible y nos enredamos en un tango fatal. Entre cortes y firuletes se abre una ronda para ver nuestros pasos que se entremezclan en forma sincrónica. No hablamos, no hace falta. Calladamente nos decimos todo, estamos seguros de pertenecernos.

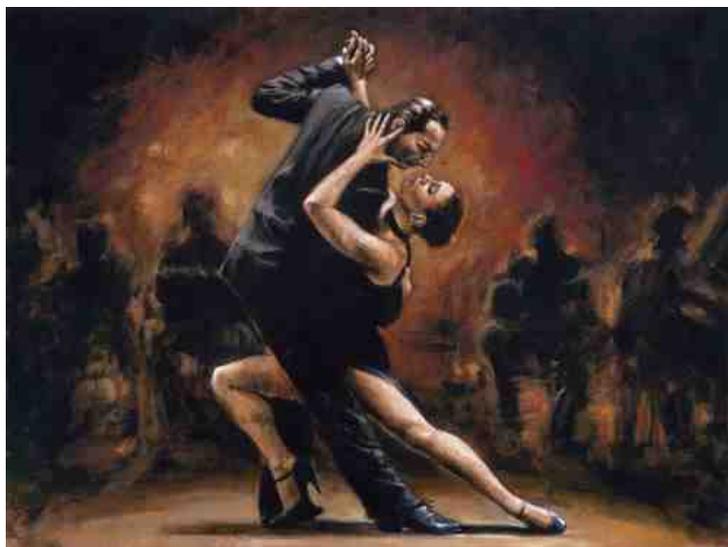
En un mágico momento, perdido entre compases, el mundo alrededor se nos desvanece. Sólo distingo sus dos brazas negras que me miran hasta el alma y su sonrisa de luna creciente.

Una voz me vuelve a la realidad del patio del corralón, es el gringo Lays, pecoso, cara colorada, malhumorado y pendenciero.

—Mucha mujer para usted ¿No le parece?

Aparto a mi pareja y me abro cancha. Desenfundo sin contestar. El salón enmudece. Los músicos han desaparecido. Todos se apartan para ver bien y no lastimarse. Los facones se cruzan, se golpean entre chispas. Las lámparas y la luna dibujan rayos incandescentes entre los filos de las hojas. Danzamos otro tipo de baile. Rondamos pausados, cuidadosos. Embestimos en ágiles saltos y volvemos atrás, seguimos girando y el salón vuelve a esfumarse dejándome a la vista esa mirada azul maldita que me encandila de muerte. El destino me favorece y en una de mis tiradas su mejilla derecha choca la punta de mi cuchillo y explota en rojo la cara del gringo. Él se toca la herida incrédulo, se mira la sangre y parece invitarme a terminar la faena. Casi sin pensarlo, en un impulso animal, hundo toda la hoja de mi arma en la boca de su estómago.

Me siento morir. Mis piernas tiemblan. Es horroroso matar un hombre, eso pienso antes que mis pies sin obedecerme me lleven lejos dejando a mi compañera de baile sumida en el estupor y la desesperanza. Escucho a la distancia los silbatos policiales. En el agujero donde me escondo comienzo a añorar esas brazas negras y encendidas que tal vez nunca más veré.



II

A la otra madrugada me había embarcado clandestinamente para el Uruguay. En Fray Bentos conocí a mi único tío, hermano menor de mi madre, bibliotecario y poeta. Fui para él y su esposa el hijo que no habían podido tener. Mi vida de guapo pareció morir en los arrabales del sur de Buenos Aires. Inevitablemente tuve que educarme, también me hice un poco poeta y asiduo lector.

Ya ha pasado mucho tiempo. Atrás quedaron mis veintidós abriles, perdidos en las calles empedradas de los viejos tangos.

Sin embargo no hubo un instante de mi vida en que no recordara esos ojos azabache y esa sonrisa de luna. Ni siquiera pudimos conocer nuestros nombres. Es misterioso el poder del amor al que le bastan unos minutos para marcar un destino indeclinable. Del otro lado del charco tuve varias mujeres sin amarlas. Me casé y soy orgulloso padre de dos varones, el mayor, abogado, el otro en el bachillerato con las mejores notas.

Por treinta años no pude volver a mi país. Ahora, la grave enfermedad de mi madre me trajo. Mi antiguo crimen prescribió hace tiempo para la justicia y fue olvidado por la gente del sur, o tal vez ilustre alguna vieja leyenda de tauras cuchilleros.

III

Me pregunto que habrá sido de ella, si perdurará en su memoria ese breve encuentro.

¡Cómo cambió La Boca en estas tres décadas! está irreconocible, tantos edificios nuevos, y hasta en los viejos conventillos las maderas que sobreviven carcomidas por las alimañas dibujan otro barrio, triste y ruinoso.

Los automóviles reemplazaron los carros de tracción a sangre casi por completo. En las radios se escuchan indistintamente tangos, boleros y rocanroles. El corralón no existe, en su lugar, una cantina. Del otro lado del río las cosas cambiaron igual y me parecen normales. Al fin y al cabo pasé mas vida allá que acá.

La pobreza no cambió. Los mocosos sucios que corretean son los hijos de los pibes de mi juventud. Yo tampoco soy el mismo, más culto, más sosegado, más viejo ¿Y ella?

Recorro las calles observando rostros. Busco esos ojos, esa luna creciente. Mi madre ha muerto entre aromas de Untisal con la sonrisa en los labios, agradecida por mis últimos besos. En Fray Bentos me esperan. Yo sigo buscando por la bruma del sur.

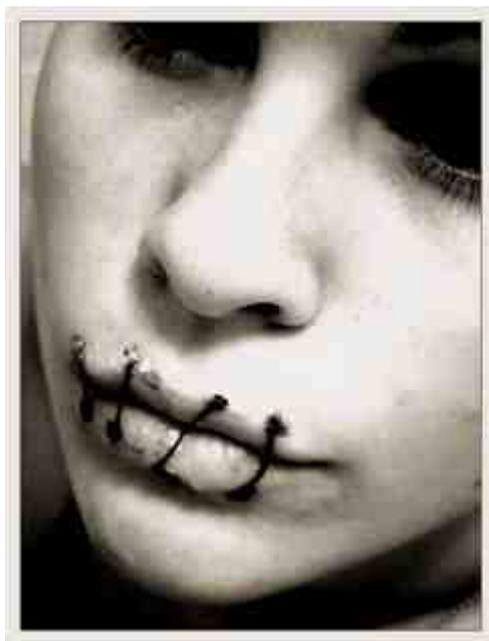
IV

María del Carmen prepara la comida para su último hijo soltero que se ha demorado en una tarde de mate y truco, después de la fábrica. Es su última compañía, el marido murió ya hace cuatro años. Las dos hijas mayores se casaron, una vive en Lanús, la otra, a quince cuadras, pero la visitan poco. Se arrulla con un tango de Troilo que resuena en el combinado Ranser. Siempre el mismo tango. Piensa, recuerda esa noche de hace tantos años ¿veintinueve? ¿Treinta? En un cuarto o quinto compás de bandoneón suena el timbre.

Y en ese atardecer del sur cincelado por Quinquela, deja la puerta entreabierta y casi desmaya cuando lo vuelve a ver. Él ha envejecido pero su mirada es inconfundible. A ella también los años le han pasado dejando surcos alrededor de los ojos aunque sin poder marchitar su sonrisa. No se dicen nada. No se preguntan nombres. Se trenzan mágicamente a bailar ese tango cadencioso interrumpido hace tanto y parecen encontrar su destino.



El Otro de mi carencia



Lo que deseo se me empezó a filtrar con fuerza por las costillas, por las entrañas, me retorció, me despeinó despiadadamente. Con frecuencia los sueños me hablan de carencias, me exponen groseramente que lo que deseo no lo tengo. No lo tendré jamás.

Uno se me acerca, me acaricia y

yo fantaseo con que *Otro* se de cuenta, me mire, le importe. *Uno* me dice que a él le gustaría casarse conmigo. *Otro*, al que yo beso y amo, en vez de calmarme se vuelve denuncia. Despliega ante mí la pura ficción de las cerezas mentirosas de las tortas de cumpleaños. Cerezas bicarbonatosodiadas. El despertar me sorprende con el cuerpo en carencia y la certeza de que la fusión sigue implicando la distancia. Ya no vale dibujar caminos con los dedos en la piel del *Otro*, ni valen los ojos encontrándose, ni que el cuerpo se vuelva nudo con el cuerpo de aquél, porque no existe totalización alguna. No se puede ir más allá de la piel, ésta marca el límite y la frontera hasta donde llegar, hasta donde tocar, besar y oler. No me puedo tupir con ella, no puedo. El despertar me volvió carne y sangre. Vulnerabilidad frente a aquello que me desborda, que no puede ser engullido y conocido, que no puedo *comprender* y que, no obstante, me es próximo.

Tengo una angustia aparejada al contradictorio rostro del *Otro*, a partir del cual lo descubro, pero que al mismo tiempo ocluye su verdad. El rostro es más espejo que ventana, me reconozco yo a través del *Otro* más de lo que puedo llegar a conocerlo a él. Su rostro me elige, me vuelve única, pero me desplaza.

¡Quiero que mude mi objeto de deseo a una media! Quiero desear fervientemente a una media, amarla, necesitarla, reclamarle su atención. Iríamos a pasear, le haría ver películas europeas mientras comemos pochochos acaramelados. Yo seguiría siendo un sujeto deseante, pero mi deseo por la media se volvería un trastorno para el resto. Y no sería ya el deseo el que me vuelve loca, sino que sería mi propia locura la que me consolaría y justificaría eso de andar deseando por ahí.

Deseo

Deseante

Deseoso

Deseable

Des-

contracurarme de deseos es lo que necesito. Del deseo del *Otro*.

De pies a cabeza, hasta la médula de los huesos, somos pura vulnerabilidad. Guardamos una aptitud a ser abatidos por el *Otro*. Exponemos al desnudo nuestra piel ofrecida al contacto y a la caricia. Desnudo que siempre es sufrimiento. Caricia que quemaliviaduele. Nuestro cuerpo delata este dolor, delata que estamos lanzados como misiles a la afección, al envejecimiento y al abandono. Las lágrimas, la carne desgarrada, las arrugas son lo más animal que de humanos todavía tenemos. Ladramos el deseo, porque los deseos no se gritan.

Ya me gustaría a mi ir nadando en una bolsa de café caliente por sábanas de café tibio para que me de calor, bebiendo café con cualquier otra cosa y pensando en este sistema agrietado, que no cierra, que tiene fisuras e ir echándole la culpa a los enanos, a las rubias, a los parásitos. Escribir crónicas sobre travestis. Injertarme dos caleidoscopios en los ojos. Tumbarme en un acolchado de cáscaras de banana. Lo que sea. Todo. Pero no pensar más en el *Otro* de mi deseo. Quisiera no tener la certeza de que lo que toco no lo puedo tomar ni aprehender, no quiero saber que no existe “lo acariciado”, que la caricia agota su valor en sí misma, atrapada en un puro intervalo. Cuanto más cerca lo tengo, el velo se vuelve manta, y ya no puedo con mi hocico des-cubrirlo. Y ahí viene la palabra a arruinarlo todo. Frases, cadenas significantes que no hacen más que tapar la poca luz que sale de las rendijas y hendiduras del cuerpo del *Otro*.

Todas las extremidades se deberían volver tijeras, hojas o cualquier otra cosa que pueda cortar. Se deberían secar las lenguas. Sellarse los ojos. Nos deberíamos ramificar, volvernos ficus. Que los pájaros nos hagan cosquillas, que nos construyan nidos sobre nuestros miles de brazos, que nos ensucien. Pero no, bajo ningún punto de vista, nunca más amanecer más sabiéndonos carentes.



Esplendor en la hierba

*Nada nos devolverá los días del esplendor sobre la hierba,
pero nos recordaremos y fortaleza hallaremos en lo que nos queda.*

William Wordsworth

Cuando me sugirió ir a caminar por el bosque pensé que lo había dicho sólo como sugerencia, pero preparó la mochila llenándola de pan, fiambres y un par de botellas, lo que me dejó con la boca abierta sin siquiera poder reaccionar para ayudarla.

Todos dormían en la cabaña. Era demasiado temprano, la mayoría había bebido de más y recién se despertarían al mediodía, por mi parte estaba enojado porque Guadalupe había estado flirteando con José, la misma hermosa mujer que ahora me invitaba a salir a pasear mientras el sol empezaba a quemar la hierba más verde que había visto en mi vida. Sospeché que no había dormido, nunca le había podido llevar el ritmo cuando caminábamos por la ciudad y hablábamos de nuestras cosas.

Salimos de la cabaña, la caminata seguramente iba a ser larga. La dejé ir delante porque todavía estaba enojado por lo que me había hecho la noche anterior, no era que tenía que estar conmigo todo el tiempo pero, si había venido conmigo, por lo menos podría haber dejado de mirar de esa manera al estúpido de José con su voz de barítono, su cuerpo de atleta que nos dejaba a todos los demás hombres de la sala como maniquís defectuosos, encima era versátil en sus temáticas, casi un oráculo. Por eso me fui a acostar temprano, no tendría posibilidades ante tal contrincante.

Ahora todo eso era parte del pasado porque veía sus piernas enfundada en sus jeans, pensé que me merecía su desplante por haber sido un avieso oportunista creyendo que al traerla podría conquistarla, todas las fantasías antes del viaje donde, por compartir uno de los cuartos, teníamos una noche que haría sonrojar a Casanova, fue dinamitada por su actitud de hacía unas horas. Apenas salimos de la ciudad en la camioneta volkswagen con flores pintadas de José, sí, de José, el que lo tenía todo, incluso una camioneta y un presente de rutas recorridas, el que tocaba la guitarra y cantaba de maravilla, el tipo al que alguien como Guadalupe sería blanco de sus cortejos... ¿En qué había estado pensando? Más me hubiese valido besarla esa noche que estaba triste por haberse separado de Rubén, pero la dejé pasar para no aprovecharme de ella, por ser un caballero, por ser,



más que caballero, un idiota.

- No te quedes rezagado Alberto.

Su voz me sacó de mis pensamientos. Faltaban unos pocos metros para entrar al bosque y el calor empezó a hacernos transpirar.

- Guada, dame la mochila que yo la llevo.

Retrocedió unos pasos y la colocó en el pasto, por mi parte me saqué la camisa y la puse adentro de la mochila luego pasé las manijas por mis brazos dejándola descansar el bártulo sobre mi espalda.

Después sucedió la cosa más bella que recuerdo, me quedé parado mirando como se sacaba la blusa quedando con el torso desnudo, el día se iluminó de repente, luego se levantó el cabello en un rodete improvisado y con una ramita lo sostuvo pero durante unos segundos la imagen fue maravillosa, era una mujer libre, sin pudor, con un rostro y unos senos hermosos acariciados por el sol y mi mirada, un ser imposible que yo, humilde mortal tuve la gracia de ver en todo su esplendor.

- Qué hermosa que sos Guada. – Las palabras salieron de adentro con admiración.

Cuando sonrió desapareció el universo o ella fue todo el universo, Guada se acercó y me tomó de la mano, recorrimos el camino que llevaba al bosque con las manos húmedas pero sin querer soltarnos.

Una vez en el bosque, fuimos liberados de cualquier atisbo de civilización y fue el mejor de los tiempos, incluso soñamos despiertos en vivir como salvajes.

No importa lo que pasó después con nosotros y las vicisitudes que sucedieron en nuestras vidas, porque el momento en que Guadalupe se levantaba el pelo fue uno de esos en que la vida cobra sentido y la belleza se hace tangible... ¡Madre mía que tetas tenía Guadalupe!



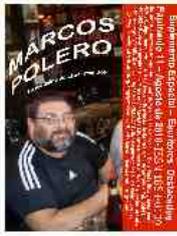
09 11 11

C. Pablo Lorenzo

BAJATE LA REVISTA QUE QUIERAS HACIENDO CLIK EN LA IMAGEN



Suplementos



**Editorial: Biblioteca Popular Municipal "Sofía Vicic de Cepernic" - Calle
Costa Rica y Bella Vista S/ N, Codigo Postal 9400 - Río Gallegos -
Provincia de Santa Cruz - Argentina – Tel.: 02966 - 425003 Revista
Papirando 19 – HISTORIAS DE AMOR // Revista Literaria
Bimensual de distribución gratuita - Formato PDF // Año III - N° 19 -
Diciembre de 2011 // Editor responsable: Carlos Pablo Lorenzo //
lorenzopablo10@yahoo.com.ar // Río Gallegos – Santa Cruz - Argentina
- ISSN 1853 - 0109**